

La Esfera

Año II * Núm. 99

Precio: 50 cénts.



UNA PETIMETRA, por José Llaneces

SIROLINE "ROCHE"

CURA LAS AFECCIONES PULMONARES



F. HOFFMANN -
LA ROCHE & CO
PARIS

REPRESENTANTE: A. AMBROA CLARIS, 80 - BARCELONA

La Esfera

Año II.—Núm. 99

20 Noviembre 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



GENERAL VON SCHOLTZ

FOT. ALBERT MEYER

Una de las más eminentes personalidades del Ejército germánico y eficacísimo colaborador del mariscal Hindenburg

DE LA VIDA
: QUE PASA :

¿HAN DEGENERADO LOS GRIEGOS?



El Rey Constantino, de Grecia, y su augusta esposa, la Reina Sofía



El príncipe Jorge, heredero de Grecia
FOTS. FLAVIENS Y TRAMPUS



La princesa María, esposa del heredero de Grecia, y su hijo, el infantito Pedro

Por qué bando beligerante se resolverá Grecia al fin? Hace meses que el mundo entero se hace á diario esta pregunta mientras busca en los periódicos la respuesta deseada. Ante las vacilaciones, dilaciones y aparente duplicidad de juego con que ese pueblo afronta la guerra, no faltan espectadores impacientes que le colman de los más severos reproches. Estos griegos de hoy, se oye decir, son una lamentable degeneración de sus ilustres antepasados anteriores á la Era cristiana. Aquellos eran nobles, generosos, leales y heroicos. Estos de ahora forman un linaje bastardo: son egoístas, taimados y cobardes. La gran Grecia clásica se ha transformado en una raza espuria, algo así como la escoria de aquel magnífico incendio espiritual que los helenos de la antigüedad proyectaron sobre la historia y de cuya luz y calor vive aún el mundo moderno.

¿Qué hay de cierto en esta censura comparativa? En un libro que estos días se cita mucho y que es indubitablemente uno de los más fecundos que se han publicado en estos últimos años *Los fundamentos del siglo XIX*, escrito en alemán por el inglés Houston Stewart Chamberlain, hay unas páginas sobre Grecia preñadas, como la obra toda, de deliciosas sugerencias. Conviene decir, ante todo, que la admiración de Chamberlain por Grecia no tiene límites. «No hay grano de polvo en el suelo helénico que no sea sagrado, y á justo título». Es más: para él comienza allí la historia humana. «Aquí ha nacido el hombre», afirma con exaltación, entendiéndolo por hombre al dotado de personalidad, para diferenciarle del que antes del heleno vivía esclavizado á un sistema social, como el chino ó el egipcio.

Chamberlain con irónica modestia, se asigna el título de dilettante y declina el de sabio. Confiesa no estar especializado en ninguna disciplina. Con gran industria y potencia asimilativa recoge los resultados de los especialistas y hace lo que éstos, por su naturaleza misma, nunca pueden hacer: dar trabazón á sus trabajos parciales y soldarlos de suerte que formen un todo orgánico. Su interés busca la totalidad del conocimiento. Si los especialistas no se enojan, podría decirse que su especialidad es lo enciclopédico, forma única de construir sobre base sólida una concepción del mundo. Así armado, conociendo las investigaciones que en el curso de algo más de un siglo se han hecho sobre la cultura helénica, nos presenta Chamberlain, el cuadro de aquel pueblo maravilloso que supo descubrir muchas verdades ó principios del conocimiento humano. Para Chamberlain, el griego,

como creador de formas artísticas y de representaciones ideales, como «configurador», es casi un ser humano perfecto.

Pero luego le examina como carácter, como criatura social, y aquí el juicio del entusiasta panegirista de lo germánico no es tan halagüeño para los griegos. Según Chamberlain, la historia griega es una mixtificación colosal, elaborada, más que por los historiadores griegos mismos, por los profesores modernos, cegados por el resplandor natural del helenismo y por su propia pedantería. La dulzura, el sentimiento de humanidad no se conocieron en Grecia, sino la crueldad bajo mil formas, la mentira, la traición: ¿Quién habla del valor de los griegos? Véase la constitución del Estado macedónico, de la cual se desprende que al heleno había que compelerle al valor, en vez de poseerlo por la naturaleza del fiero desprecio de la muerte que distingue á todo gladiador galo; á todo torero español (textual) y á todo bachi-bozouk turco. El propio Herodoto dice que en la batalla de Maratón—magnificada por la leyenda y que á juicio de Chamberlain, corroborado por el helenista inglés Mahaffy, fué una escaramuza sin importancia—los griegos emprendieron la fuga siempre que se afrontaron con los persas. «Admiremos—dice Chamberlain—la magnífica potencia poética por virtud de la cual los hombres escogidos inculcaron el amor á la patria y aun el heroísmo en un pueblo versátil, pérfido, venal y sujeto á terrores pánicos; admiremos que lograran su objeto allí donde la disciplina fué bastante severa, como en Esparta».

Si el retrato que Chamberlain traza del político griego de la antigüedad es verídico, no puede decirse que hayan degenerado los políticos de la Grecia actual. «Un Solón—dice—renegando de la obra de su vida, acaba por unirse al usurpador Pisistrato; un Temístocles—«el héroe de Salamina!»—poco antes de la batalla inicia

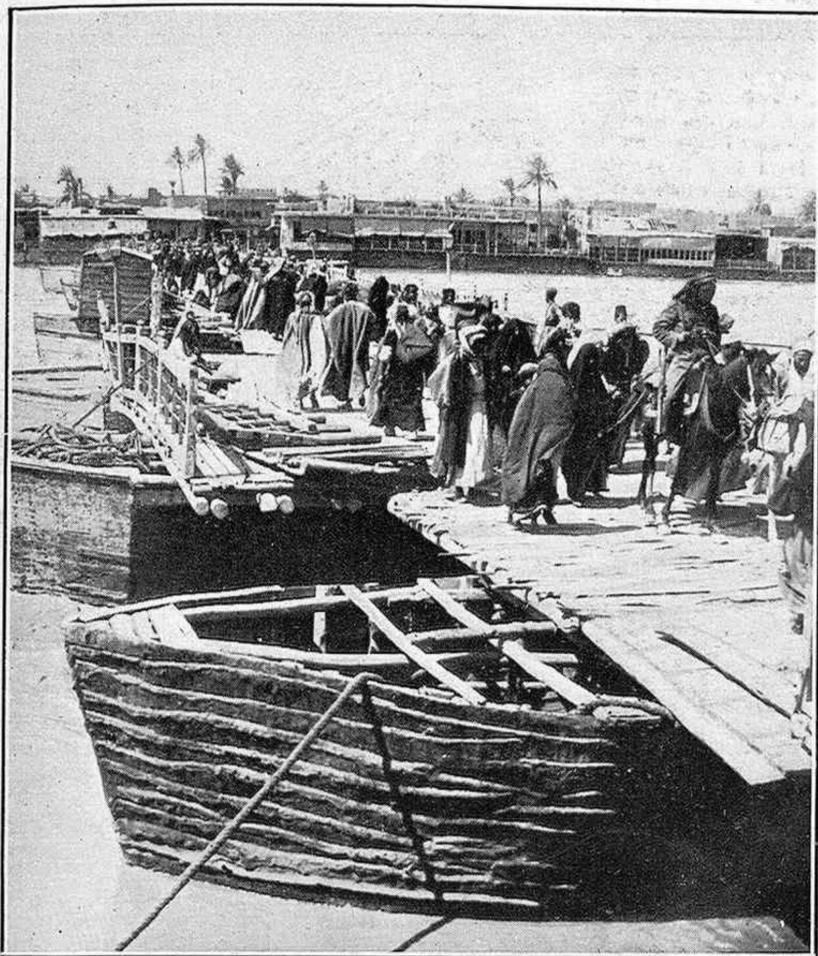
negociaciones sobre el precio de su traición si entrega Atenas y, en efecto, más tarde se le encuentra en la corte de Artajerjes, donde se manifiesta como «enemigo declarado de los griegos», en tanto que los persas expresan la estima que le tienen llamándole la astuta «serpiente griega»; en Alcibiades la traición se vuelve crónica, hace carrera con ella y Plutarco observa también sonriendo que cambiaba de color «más rápido que un camaleón». Lo que hay que admirar, á juicio de nuestro autor, no es la historia griega, sino las historias griegas, los libros históricos; no tal ó cual acto de heroísmo (en todas partes se encuentran equivalentes), sino la glorificación artística de estos actos.

En los griegos—afirma Chamberlain en suma—el ser moral es demasiado viejo, demasiado refinado y demasiado pervertido para avanzar á la par de sus espíritus radiantes en su ascensión hacia la luz. La libertad que el griego conquistó para el género humano no fué la libertad política—fué y siguió siendo un tirano y un comerciante de esclavos—, sino la libertad del poeta de que hablaba Schider: la libertad de la creación artística.

Hasta aquí, el autor de *Los fundamentos del siglo XIX*. En último término, siempre quedará por dilucidar si el griego de hoy es versátil y pérfido. Ciertamente, no le favorecía su reputación anterior á la guerra. Durante ella, su conducta parece distar bastante de la línea recta. La forma en que se ha desligado de su alianza con Servia no puede elevarse á arquetipo de moralidad internacional. El doble juego entre los aliados y los imperios centrales no parece el más propio para ofrecérselo al mundo como modelo de buena fe. No basta todo esto, sin embargo, para condenar á un pueblo que en el acierto de obrar, de una forma ú otra, se juega su existencia, y que lo mismo si interviene á favor de unos que de otros, ha de jugarse de todos modos los bienes y las vidas de muchos millares de sus ciudadanos. Por mi parte, siento hondo respeto por el individuo ó por el pueblo que no muestra impaciencias heroicas. De todas suertes, si pudiera demostrarse que en fin de cuentas los griegos de hoy son pérfidos y desleales, no podrá afirmarse, después de la somera paráfrasis del capítulo que Chamberlain dedica á Grecia, que ha habido solución de continuidad en la historia griega. A pesar quizás de Venizelos, que también empieza á desvanecérsenos entre as brumas de la leyenda.

Luis ARAQUISTAIN

LA GUERRA SE EXTIENDE
RUTA DE LA INDIA



Famoso puente de barcas en Bagdad, tendido sobre el río Tigris, para unir la población antigua y la moderna



Monasterio del Monte Sinaí, en la región de la famosa montaña
 FOTS. UNDERWOOD

No fué vano el esfuerzo anglo-francés en la península de Gallípoli, aunque la resistencia otomana impidió el forzamiento de los Dardanelos; con los infructuosos ataques á las fortificaciones de Bulair descongestionó Britania el Canal de Suez, esa arteria que enlaza su poder en Asia, y su dominio en Oceanía, con la lejana metrópoli. Amenazado Egipto por los turcos, le fué factible á Inglaterra contener la invasión otomana atrayendo las fuerzas para formar cortina protectora de la vieja Bizancio; mas hoy libre Stambul de la amenaza inglesa, revive el bélico problema de la lucha en las históricas llanuras de los Faraones y en el rumbo terrestre de la India.

Con la ocupación de Krusovac, en la rebelde y bizarra Servia, queda lograda la comunicación férrea directa entre Berlín y Constantinopla, después de haber conseguido la navegación fluvial por el Danubio.

El desembarco de las huestes aliadas en Salónica fué tardío é inútil; ya lo predijo el crítico militar inglés coronel Repington, que no dudó en vaticinar el fracaso de las operaciones que siguieran al ineficaz desembarco en el puerto griego.

Inglaterra ha visto las intenciones de Alemania, y para oponerse á ellas ha subido el curso del Tigris y ha tomado previsor puesto vigilante en Bagdad, la vetusta residencia de los califas mahometanos; desde allí atalaya los movimientos de sus rivales para impedirles amagar el país del Nilo y para impedirles ser portadores de zozobra y lucha á la vasta región del Indostán.

Bagdad monta el histórico río atravesándole por un antiguo puente de barcas de 200 metros de largo. A la izquierda se halla situada la parte nueva, la más considerable; á la derecha las ruinas del viejo Califato, con la ciudadela indefensa y con los célebres bazares abovedados surtidos con las ricas mercaderías orientales.

Alemania fué siempre previsor. Cuarenta años acumulando elementos para la pelea le dan ventaja sobre sus poderosas rivales. En 1899 la sociedad alemana concesionaria del ferrocarril de Anatolia alcanzaba del Gobierno otomano el favor de prolongar el trazado desde Konia hasta Bagdad y Basora, en el golfo Pérsico, firmándose la convención definitiva en 1903, habiendo de

pasar por Adana, Marasx, dirigirse luego á Bireyit, Orfa, Moserel, descender de ahí al Tigris y á Bagdad, Basera y Kueit; emprendidos los trabajos con relativa facilidad, pudieron en 25 de Octubre de 1904 inaugurar la primera sección que va de Konia á Bulgurlú, un total de 200 kilómetros, atravesando hasta Eregli, en 190 kilómetros, una estepa plana, empezando al Este de dicha población la ascensión del Taurus, y todo lo que tuvo de fácil en la vertiente occidental de la mencionada cordillera lo tuvo de difícil en la oriental, donde se precisan muy cerca de un centenar de túneles. El explorador inglés Sykes en 1907 después de hacerse cargo del trazado del

mismo, propuso destacar de la línea proyectada en Ras-el-Ain la vía, haciéndola pasar por Sinyar, en vez de Nisibin, situado más al Norte. Este ferrocarril pasa por regiones poco pobladas, si bien asaz florecientes en tiempos que fueron, al pie de la cadena del Taurus, donde quedan las huellas imborrables de la vetusta civilización asiria y las ruinas memorables de la grandeza babilónica, en lo que hoy es desierto inhospitalario.

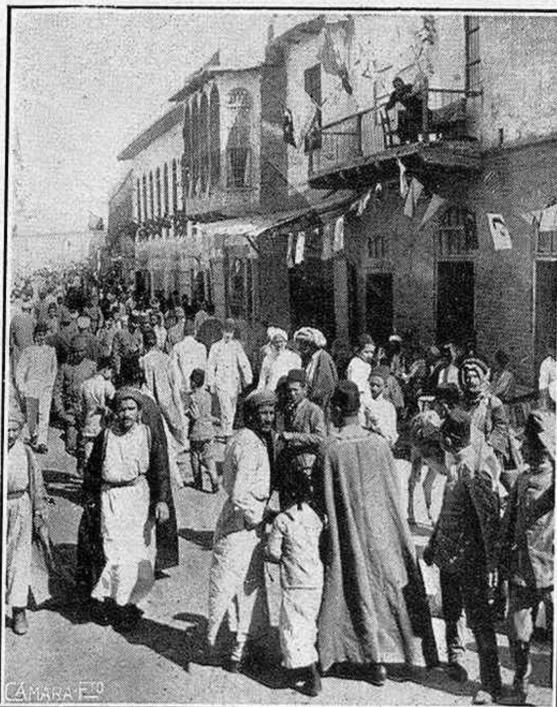
En Bagdad confluyen los dos grandes ríos que en tiempos fueron teatros de las humanas discordias; hasta ellos llegará la lucha actual con el mágico batallar de las modernas armas; hasta ellos llegará el estruendo guerrero de los más grandes pueblos de la tierra, que hallan pequeña Europa para dirimir sus reyertas y buscan en las estribaciones de las grandes cordilleras asiáticas, nuevos teatros de sus enconadas peleas.

Inglaterra ha tratado de poner dique á la previsión germana, ha comprendido el por qué del ferrocarril de Bagdad, se ha explicado á tiempo el objetivo de su poderosa rival y trata de contenerla en la ruta de la India y en la derivación á Egipto. El canal con que Leseps uniera al bíblico mar Rojo con el Mediterráneo tiene 164 kilómetros de largo y en general 97 metros de ancho y en algunas partes tan sólo 60 metros. De ahí la facilidad de su obstrucción. Para poder atacar con éxito al canal son indispensables: un ferrocarril, de Jerusalén á Ismailia, que se está construyendo; otro de la línea del Hedjar á Suez á través de los desiertos del Sinaí y otro que una á los dos anteriores, paralelamente al canal.

Los ingleses combatiendo con un río detrás pudieran ver convertido en desastre cualquier contratiempo en la lucha y por su parte alemanes, autriacos y turcos hallarán enormes dificultades en la provisión de agua, víveres y municiones, si no construyen sobre la marcha los tres ferrocarriles estratégicos ya mencionados.

La paz del Egipto y la ruta de la India peligran en esta nueva fase de la campaña. Albión avizora el avance de sus enemigos y espera arma al brazo para reanudar la lucha en aquellas inhospitalarias regiones. ¿Quién habrá sido esta vez la nación más previsor?

CAPITÁN FONTIBRE



La calle principal de Bagdad en las horas del mercado
 FOT. UNDERWOOD



REAPARICIÓN DE UNA GRAN ARTISTA EL GESTO DE SARAH BERNHARDT

Así como los negociantes y personas de tráfico no tienen horas determinadas con espacios y divisiones en el gran reloj de la vida, sino que aprovechan y atrapan los minutos sueltos según les viene en gana y ocasión ya en una u otra edad, los elegidos y los enamorados han de observar cachazudamente el horario que señala misteriosas cifras de equívocos anhelos, de esperanzas sin horizontes, de ilusiones fallidas y sueños sin ventura, hasta oír la gran campanada del éxito, que suena por igual en el aire ya enrarecido de la fama y en el duro sobresalto del corazón.

Es la hora magna, en que la admiración se arrodilla, y repican los adjetivos en las esquilas de los acólitos, y hierven los rezos sin fe de los admiradores de ocasión, y sube la verdad á medias por los dorados escalones del altar de la vida, y Dios coloca la investidura de sumo sacerdote sobre los hombros del artista que oye, en el cielo arrebolado de su capricho, los misteriosos ¡aleluyas! con que los ángeles celebran la ridícula exaltación de su vanidad.

Es también la hora del amor supremo, cuando ceden resistencias y tenacidades y la llama del hijo de Venus no es antorcha que alumbró los inseguros pasos, sino luz radiante que culmina victorias; pero ¡ay de los enamorados y de los elegidos! que esta hora sólo suena una vez. Sarah Bernhardt tuvo, en 1872, su hora de apogeo. Sonó en el *Britannicus*, de Racine, y su gesto de trágica resultó maravilloso al gran público, tan maravilloso, como triste la mueca que acaba de hacer á su antigua gloria, llorando lágrimas de piedad en el proscenio, ante la distraída atención de los hijos de una gran fecha histórica que va á romper con el pasado.

Rosina, la hija del honrado judío, la dama de la voz de oro, reina que fué de la moda, dictadora del gusto, Petronio con falda, que acaso vistió la curva elegante de la mujer francesa, con la suave túnica de Cleópatra, no morirá como la gran reina de Egipto, sino como una viejecita mutilada que va con la humilde entereza de la reflexión hacia el sepulcro que le tiene abierto la gloria. Y, no obstante, es digno de envidia el tránsito suyo, como el de todo el que deja algo desperdigado en la vida; aquí una florecilla de amor, allá la terciñela de su traje de cómica; á un lado, como la luz perenne del claro sol de su talento, el busto en que quedó sorprendida la fría austeridad del rostro de Sardou ó el inseguro bajo relieve producto de una inspiración algo medrosa, ó la mancha del color con que su capricho pretendió cautivar la mirada ajena, ó el velo arrinconado de un desposo-

rio, ó el florete con que causó en un duelo su femenino alfilerazo, ó quizá también, y como reliquia de museo, conservada en la carpeta de algún notario de provincia, la breve carta recomendando á un terrateniente. Cartas, lienzos, flores, esculturas y poesías, son hitos que su prodigiosa actividad andariega fué colocando sobre las huellas de su vida. Sarah, que ya dejó entrever su genio, cuando apenas conocida en

encanto y armonía de sus facciones, para fingir el susto, la ansiedad, la súplica insinuante, el abatimiento, el horror, la burla, toda la escala de los gestos trágicos y de los apasionamientos infinitos. Fué maga, porque á través de los confusos tapices del pasado, adivinó la majestad de las figuras, las actitudes de los dioses, las oraciones de los mártires y la esencia y ser de las enterradas heroínas. Olvidábase del público para vivir la vida

intensa de sus dramas favoritos, buscando en las lóbregas noches de una fingida Dinamarca, á la luz de las baterías, que tomaba por reflejo de luna la sombra de Hamlet; haciendo correr por la epidermis de los espectadores prolongados escalofríos de espanto, en las escenas de Lady Macbeth, la sonámbula. La inspiración, noble y santo estímulo, corriente creadora y fecunda que no deja olvidado un solo resorte del organismo cuando vibra y se enciende, fué en esta gran actriz tesoro inapreciable de infinitos recursos, fiebre de sinceridad y no mecanismo acoplado á las exigencias de una acotación. Yo he oído decir á los que la vieron en sus mejores días de París, que todas las representaciones en que tomaba parte parecían estrenos sin que sus desilusiones de empresaria, cuando lo era, pudieran amenguar la cálida fe de sus entusiasmos de artista. Sus excentricidades fueron famosas pero en mayor ó en menor escala ¿qué mujer no las tiene? Santo parecerá sin duda lo que en la primera guerra franco-prusiana, la convirtió en enfermera, y santo es lo que ahora en la segunda enconada lucha la hace subir nuevamente al proscenio, á los setenta y un años, inválida y sin fuerzas para recitar versos en una fiesta benéfica á favor de los heridos que cuida el cirujano Danuce, el mismo que le amputó la pierna. Un periódico de París da la noticia en cuatro renglones ¿para qué más? Cosas



SARAH BERNHARDT

La gran trágica francesa, que ha hecho su reaparición escénica en Burdeos

París escribía á Labiche: «No puedo con mis nervios; sé que triunfo; pero he de irme para hacer lo contrario de lo que harían los demás. Os suplico perdonéis á esta loca.» Sarah, decimos, llenó con su talento una época ó mejor aun quien tuvo la fortuna de levantar en vilo un gran talento con un gran carácter, estudiando su papel en la vida más concienzudamente que los que le confiaban los autores. Quizá bajo la anomalía aparente de que hizo gala, no hubo sino un admirable equilibrio mental, un extraño conocimiento de la psicología humana ó una travesura sin límites. La flexibilidad de su genio rayó en lo prodigioso; la ternura y diaphanidad de su dicción en lo sublime. Nadie como esta extraña mujer tuvo el privilegio de dislocar el

son estas de la vida que pasa. El horario marcó todas las cifras de la esfera en el reloj de esta existencia ilustre. La vorágine arrastra y ahora no importa perderlo todo. Ya vendrán tras del conflicto los rebuscadores de méritos, á clasificar nombres y cadáveres y grandezas y pequeñeces. El gesto trágico se convirtió en despreciada mueca. *La réclame* no despertó un eco de emoción. Admirábamos todavía á la comedianta cuando la operación quirúrgica; la admiramos aún hoy recitando versos; entonces fueron suficientes algunas gacetillas... ahora lo es una simple noticia en la cuarta plana de *Le Temps*. Nos basta para darnos cuenta de que Sarah ó Rosina Bernhardt, vive todavía. Y es saber demasiado en las circunstancias actuales.—L. DE S.

UN RINCÓN DE LOS CAMPOS ELÍSEOS



El templete griego del jardín de la calle de Velázquez

FOT. SALAZAR

A la derecha de la entrada de la calle de Velázquez, ha quedado, y recientemente recogido por cierto dentro de la verja de un hotel, un breve trozo de jardín frondoso de altos y copudos árboles. Entre ellos, sobre un montículo, alzáse un templete helénico, muy gracioso y elegante.

Todo esto, los árboles, el alcor y el templete de la clásica y bella traza, existían allí antes que la calle de Velázquez se abriera, merced al sacrificio del viejo Horno de San José, que tapaba su acceso, y aun antes de que existiese el propio barrio de Salamanca.

Es el solo vestigio que queda de algo que sin estar separado de nosotros por una distancia secular, se nos presenta con el prestigio de una cosa histórica, de una cosa pretérita que recuerda una época curiosa, de renovación, de transición en la sociedad española.

Ello es lo único que queda de los Campos Elíseos. Viejos hay que los recuerdan todavía. Era un parque que de haber podido perdurar, podría ser hoy todavía gala y orgullo de la corte, á más de satisfacer una necesidad, que ahora no está cumplidamente remediada en la capital de España. El gran jardín de espectáculos que consuele á los habitantes de Madrid que no pueden salir durante el verano y encuentran en su recinto esparcimiento para el alma y grato ambiente que mitigue el exceso del calor canicular.

En 1854, época en que verdaderamente comienza el cambio de nuestras costumbres, estacionadas dentro de los antiguos moldes hasta la muerte de Fernando VII, que hubo conseguido detener en 1824 el impulso renovador de la sociedad española, fué cuando Madrid contó con tres jardines públicos para el recreo durante las noches de verano. Llamábanse del Tívoli, de las Delicias y de Apolo. El primero se hallaba donde ahora se alza el Hotel Ritz, lugar donde hace una treintena de años estuvo emplazado el Circo Hipódromo, y á donde después se trasladó el teatro de Maravillas, tomando el nombre de Tívoli también. El jardín de las Delicias hallábase en Recoletos, hacia donde más tarde edificóse el primitivo circo de Price, y finalmente, el de Apolo estaba en lo alto de la calle de Fuencarral, entre la calle del Divino Pastor y la calle que se llamó Peninsular y ahora lleva el nombre completamente legendario de Malasaña. Los tres eran famosos y pronto se repartieron

la mejor gente de la corte entre su público asiduo. Larra comentó y ponderó la aparición de esos agradables lugares, doliéndose de que no progresasen en Madrid los establecimientos de esa índole. Bretón de los Herreros nos ha dejado asimismo el recuerdo literario de esos jardines en algunas de sus comedias, donde se habla de ellos, y aun tiene alguna, como *El amigo Angel*, parte de cuya acción ocurre en el de Apolo.

No llegaron, sin embargo, á perdurar tan excelentes innovaciones, y no es de achacar la causa solamente á falta de afición de los madrileños á esos cultos recreos. Tiempos eran aquellos de una gran inestabilidad en que las amarguras de la guerra civil primero, y el sobresalto de las casi continuas revoluciones y pronunciamientos, no dejaban mucho humor, ni aun tiempo á los habitantes de Madrid para pensar en el arraigo de nuevas distracciones.

Fué menester que estuviese ya entrada la segunda mitad del siglo XIX, cuando la población madrileña había adquirido una importancia y un crecimiento muy considerables, para que una empresa decidiera, en 1864, convertir en pintorescos jardines la notable extensión de terreno que había á la izquierda de la carretera de Aragón, desde poco más allá de la plaza de toros, ó sea desde donde ahora se halla la calle de La Gasca, hasta pasada la de Castelló.

En aquel espacio de terreno surgieron como por encanto jardines admirables que rivalizaban con sus similares de París y podían sostener la competencia con el de Cremona, tan famoso en Londres. Esos fueron los Campos Elíseos. En aquel hermoso bosque improvisado se construyó un espléndido teatro, que llevó el nombre de Rossini. Hízose además un original y muy elegante salón de conciertos que consistía en una enorme tienda de campaña capaz para dos mil personas. Y á más, levantose también en el parque para que todos los gustos estuviesen satisfechos, una plaza de toros. Una ría por la que navegaban no sólo barcas, sino un vapor modelo, aumentaba la belleza y los alicientes del paisaje, donde por otra parte había una extensa explanada para fuegos de artificio, que siempre se hacían de primer orden, gimnasio, ejercicios de tiro, y en fin, fonda y café suntuosos, con lo que podían pasarse allí no ya noches, sino días enteros, como en el más ameno lugar de diver-

siones que pudiera encontrarse después de un largo viaje.

El teatro Rossini tiene, á pesar de su no muy larga existencia, un puesto en la historia al lado de nuestro teatro Real. Allí la hermosa tiple criolla, muerta poco después en el esplendor de su fama y de su belleza, la Nautierdidiee. Allí los triunfos de Enrique Tamberlick, el tenor revolucionario, el del célebre Credo de «Poliuto» y la canción de «La muta di Portici». Y allí sonaron también, como en el Real, durante ocasión también memorable, otros acentos gloriosos. Los de un famoso discurso de Castelar. El tribuno que, cerca de los Campos Elíseos, en la quinta de Carolina Coronado, encontró seguro y cariñoso asilo después del 22 de Junio de 1866.

Peró cayeron las tapias de Madrid en 1869. El barrio de Salamanca creció con rapidez enorme, y la misma plaza de toros, inmediata á la Puerta de Alcalá, tuvo que resignarse á sucumbir mientras se alzaba en sitio entonces lejano el nuevo coso. Y los Campos Elíseos, los únicos jardines de esa índole que ha habido en Madrid, dignos de una gran capital, decayeron hasta desaparecer, cuando su copioso arbolado, desarrollado con una fuerza y una prontitud extraordinarias, había convertido al vergel en un bosque hermosísimo.

Había comenzado la época de los jardines del Buen Retiro, nombre que se dió á aquella parte del antiguo Real Sitio, que se llamaba huerta del Rey ó de San Juan. La corte de D. Amadeo de Saboya comenzó á ponerlos en moda. Las piezas bufas y las revistas políticas atraían el público á su teatrillo, donde Ricardo de la Vega estrenó *Los cuatro sacristanes*. Gaztambide, Barbieri y Schozdopole, trajeron también al Buen Retiro el prestigio de su batuta en sus conciertos memorables.

Y murieron los Campos Elíseos. Recuerdo de una época de ansiedades, de impulsos nuevos, de conmoción violenta en nuestra historia. Como vestigio de aquellos jardines, ahí queda ese pedazo de ellos, librado ya de una completa desaparición al quedar acotado dentro del recinto de una casa particular. Ese alcor que corona un templete griego de aquellos tiempos de parodia helénica en que retozaban no sólo juguetonas, sino también demoledoras, las notas alegres y crueles de los can-canés de Offenbach.

PEDRO DE RÉPIDE

LA EXPOSICIÓN DEL ARTE EN LA GUERRA

NUNCA fueron muy compatibles estas dos palabras: «arte» y «guerra»; pero aún lo son menos en nuestros días, los amargos días que vieron la destrucción de Lovaina, el incendio de Reims y la sacrilega transformación del Gólgota en moderna y homicida fortaleza.

Y sin embargo, he aquí, en París, albergada bajo los regios artonados de las Tullerías, una Exposición de excepcional interés, cuyo título de *El arte en la guerra*, tiene real y completa justificación.

Organizada por el semanario *Le pays de France*, esta Exposición—á la que precedió un concurso abierto por dicha revista para premiar los trabajos hechos por los soldados en el frente—

reúne dos aspectos del *arte en la guerra*, tan distintos entre sí como distintas fueron las guerras pasadas de la guerra actual.

Hallamos, en primer término, un centenar de cuadros, célebres ya; lienzos inspirados á los artistas por el impetuoso y franco guerrear de antaño... Aquí aparecen el *Bonaparte á caballo* y el *Granadero de la Guardia*, de Détaillé; *Los últimos cartuchos* y *Unidos en la muerte*, obras maestras de Alfonso de Neuville; el épico *1807*, de Meissonier; el *¡Alto ahí!*, de Roll; *Eylau*, de Flameng; *Warteloo*, de Protais; *Defensa de Clichy*, de Horacio Vernet; *Soldado de la Revolución*, de Raffet, y ¡tantos otros más!...

Esta es la guerra, teatral y pintoresca, de los tiempos en que se batallaba á plena luz, en pleno impulso, á pleno horizonte; y así, la suerte de los combatientes se decidía en una jornada, en el breve tumulto de un choque rápido como una estocada al corazón; y así, la visión de la hecatombe era clara, definida, coloreada con todos los matices del iris, esparcidos sobre el paisaje inalterado; sobre el cielo oscurecido apenas por el humo de lentas y espaciadas descargas; sobre los uniformes policrómicos, sobre el centelleo de los aceros y el brillo de los ga-



LA GUERRA DE ANTANO

“El Mariscal Ney durante la retirada de Rusia”, cuadro de Ivon, que figura en la Exposición de las Tullerías



Busto de mujer, tallado en madera por un soldado, á punta de cuchillo

lones, de los penachos, de las divisas...

Mas, cruzando salas, entramos en el presente inestético y monótono con la monotonía exasperante de los días iguales á los días y de los aspectos iguales á los aspectos, en la fusión monocromática del gris-verde con el gris-azul, y el gris-plomo, y el gris-creta, y todos los grises, sobre el paisaje devastado; sobre el suelo formidablemente removido por la metralla; sobre el cielo velado por el plúmbeo y denso aliento de miles y miles de cañones que truenan sin reposo ni tregua, y por las nubes de gases tóxicos que el viento arrastra lenta y penosamente; sobre los hombres, vestidos de paño color de tierra, y en fin, sobre el anticipado sudario de

polvo ó de lodo que se tiende, uniforme, cubriendo por igual los seres y las cosas...

A este arte, fiel intérprete de la absoluta desolación y de la infinita tristeza, pertenecen los numerosos lienzos bocetados tranquilamente por los *poilus*, al incierto abrigo de un parapeto de trinchera, y bajo el continuo estallar de obuses «marmitas» y granadas... *Campo de batalla en Champaña*, *Acción de artillería*, *Ruinas de Yprés*, *Paisaje de guerra* son las más notables, entre las composiciones de esta índole que más que imágenes de epopeya semejan visiones de un infierno dantesco ú evocaciones de Apocalipsis... ¡Egri somnia!

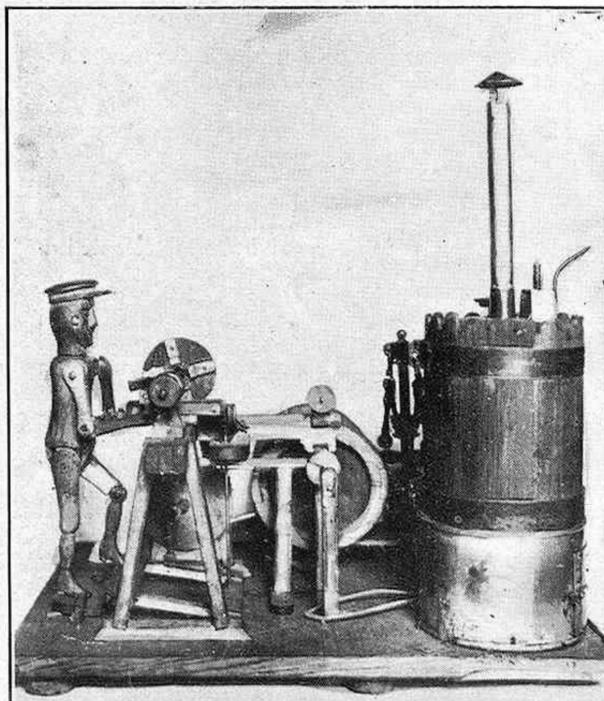
ooo

Luego, cuando menos lo aguardamos, surge ante nosotros, aliviando la opresión de nuestra alma, un arte nuevo, reidor y humorístico, donoso hijo alegre de esta aborrecible guerra triste... es el arte genuino de los *poilus*, el verdadero arte de trinchera, que ni se atiende á dogmáticas reglas ni se imbrica en enojosas complicaciones...

Crea, con lo que encuentra á mano, y esta frase adquiere un valor singular cuando se piensa



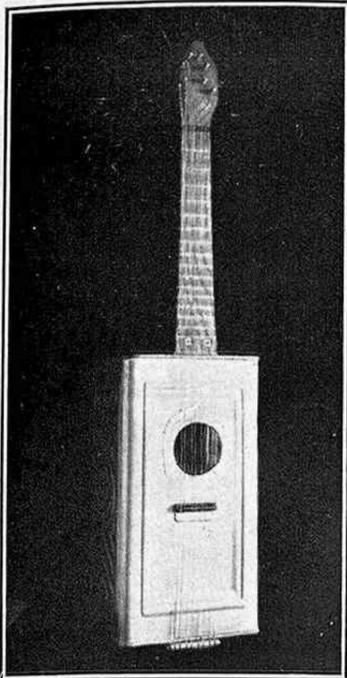
“¡Alto ahí!”, célebre cuadro de Roll, que figura en la Exposición



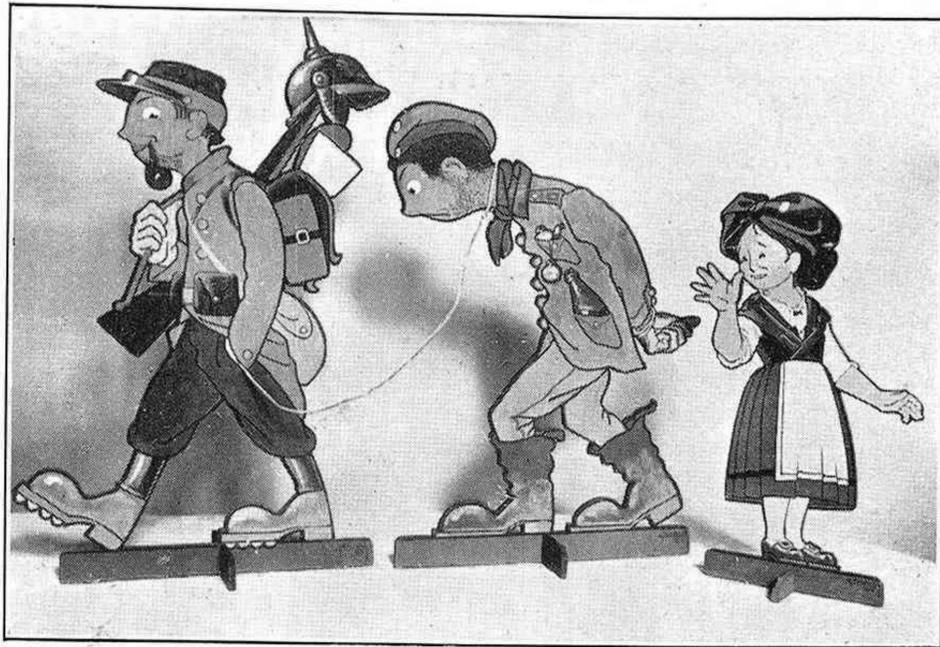
“Afilador”, juguete mecánico, construido por un soldado en el frente de Alsacia



“La lección al novato en la trinchera”, apunte de Scott, que figura en la Exposición

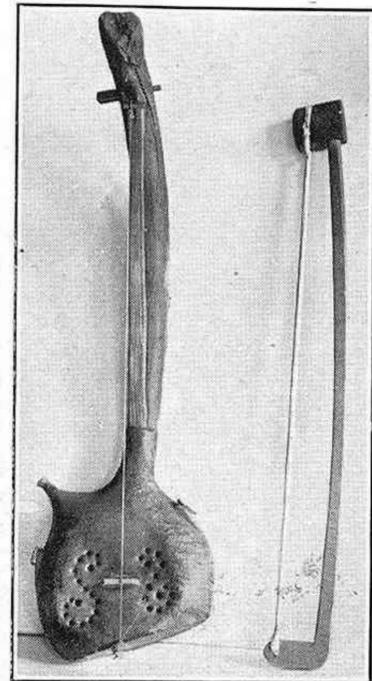


Guitarra construida por un soldado, valiéndose de una lata de petróleo

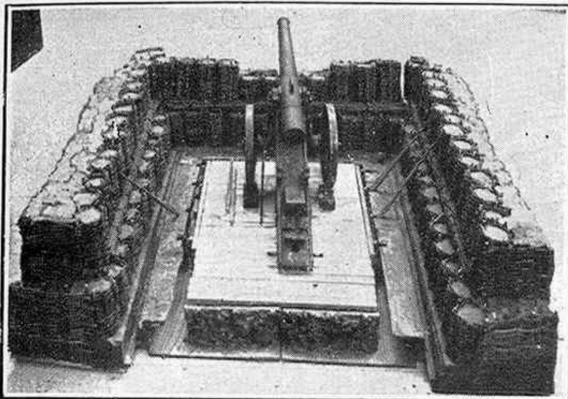


"La vuelta de la caza", grupo de figuras recortadas en madera y pintadas, hecho por un soldado artista

FOTS. DEL «MATIN»



Cítara construida en las trincheras de Champaña con un bidón



Modelo reducido y completo de una batería, construida por un artillero en las trincheras

en que en las *toperas* de Artois, de Champaña ó de Alsacia, no es posible extender completamente los brazos ni alzar del todo la cabeza sin recibir inmediatamente una bala alemana que no suele errar... Y así, nuestros artistas, tan bravos como pacientes, hacen arte sin pretensiones: trazan apuntes del natural, sobre el álbum prehistórico que es una corteza de árbol; esculpen figuras, tallando añejas castañas endurecidas por el tiempo, y empleando, en guisa de buriles, cuchillos despuntados, cascos de metralla, clavos enrojecidos... ¡cualquier cosa! La paciencia y la inspiración triunfan de todo obstáculo, y hasta para decir, aproximadamente, un *andante* de Beethoven ó un *allegretto* de Mozart, basta un bidón de esencia, desfondado, y convertido en violín merced á una maravilla de improvisación.

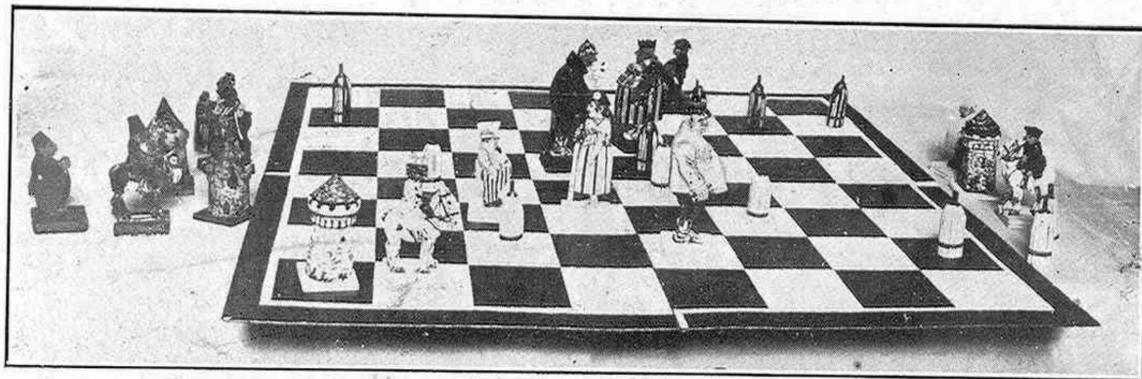
En tal arte que—ya lo dije—es esencialmente



"Menagerie" construida por un soldado en una trinchera avanzada, cerca de Arras

humorístico, se cultiva la caricatura. Ved, si no, este ajedrez cuyas fichas son Joffre, el Kaiser, el rey Pedro, el Sultán de Turquía, el Zar de Rusia, el Zarillo de Bulgaria y todas las demás figuras bélicas de actualidad... Y ved, más allá, aquella *ménagerie*, casa de fieras, de aviesa intención para los Imperios Centrales...

E igual ironía bonachona encontraréis en los centenares y centenares de trabajos enviados por los trogloditas de las trincheras, hombres que, según la frase lapidaria de Marconi, *luchan con valor y sin ira*, con serenidad



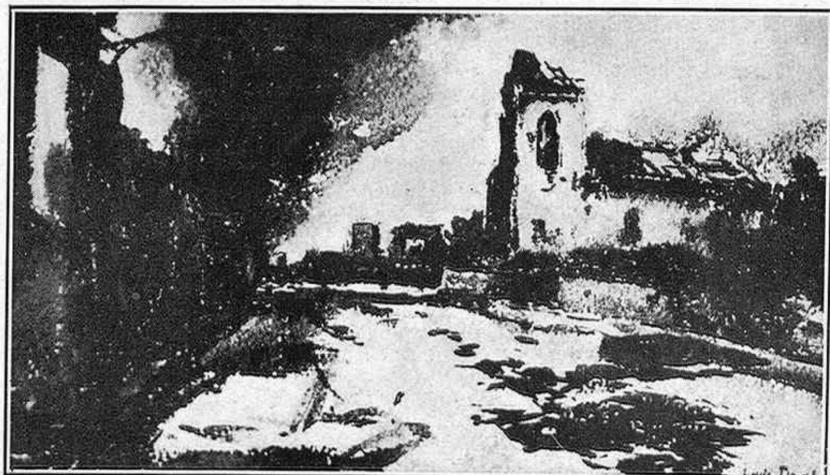
Juego de ajedrez, cuyas fichas representan, en ingeniosa caricatura, las figuras más notorias de la gran tragedia

sobrehumana que les permite aguardar la muerte *haciendo arte*... Por ello este arte viene á ser hoy la más bella manifestación de sublime humor: estupendo maridaje del estoicismo antiguo, y de esa moderna y francísima despreocupación llamada *je-m'en foutisme* con un desenfado que sería incopiable á no haberle trocado esta guerra en cifra y suma de aquel heroísmo que dictó á Cambrone su histórica

interjección, luego de la cual murió la Guardia, sin rendirse, en Waterloo. ANTONIO G. DE LINARES



"El Cementerio de San Privat", lienzo de Alfonso de Neuville, que figura en la Exposición



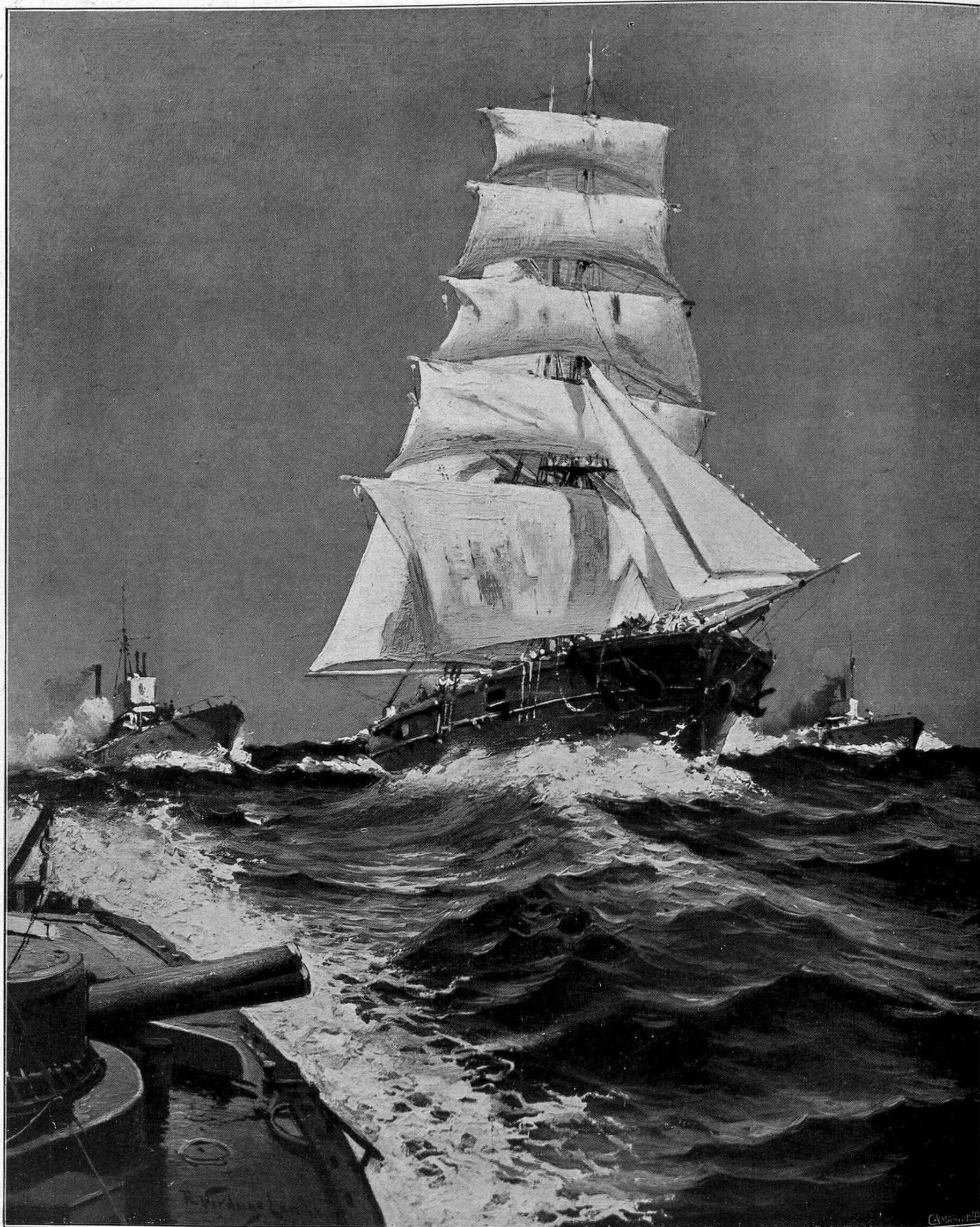
"Las ruinas de Yprés", apunte de Luis Dauphin, que figura en la Exposición

FOTS. DEL «MATIN»



LA ESFERA

LA GUERRA EN EL MAR



Captura de un bergantín goleta por varios torpederos alemanes.—Dibujo de Verdugo Landi



Las cruces del camino

¡Qué misterio inquietante tienen en los senderos
los dos brazos en cruz de los humilladeros!

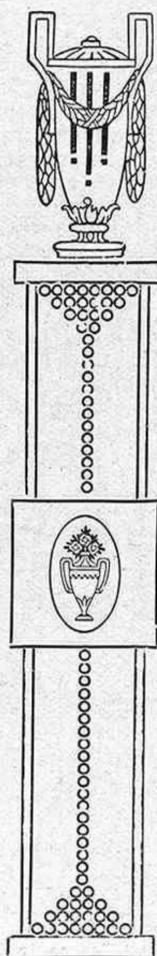
¡Cruces de los caminos
que evocan las siniestras y antañonas consejas;
cuentos patibularios de ahorcados y asesinos
que junto al fogaril bisbisean las viejas.

Negra cruz del medroso sendero solitario,
en sus gradas de piedra, bajo la luna llena,
al dar las doce el viejo campanario
llora un ánima en pena.

Aquellos pintorescos bandoleros
de trabuco y patillas, bravos, y liberales
con los pobres, rezaban en los humilladeros
después de sus hazañas de los caminos reales.

¡Horror de los caminos, donde los caminantes,
en tiempos de crueldades y de supersticiones
veían negras cruces, picotas infamantes
con racimos de brujas y manos de ladrones!

Y los cristos terribles, lívidos, macerados,
todo una llaga el cuerpo amoroso y trigel.



¡Cristos ensangrentados
cual los cristos macabros del Santo Tribunal!

¡Oh cruz de los caminos
que levanta el espíritu y consuela
á los dercalzos peregrinos
de barbas apostólicas que van á Compostela!

Peregrinos de báculo y de parda esclavina,
mendigos y saludadores
que saben una extraña medicina
que conjura el hechizo de los malos amores.

Cruces de los caminos, tristes humilladeros
ante los que inclinaban sus altivos airones
los nobles caballeros
que iban á las cruzadas con sus fieras legiones.

¡Oh cruz de esas consejas que bisbisea una
vieja, en torno del llar, en las noches heladas;
lugar de desafíos, á la luz de la luna
ante los cristos lívidos de las encrucijadas.

¡Qué inquietante poesía tienen en los senderos
los dos brazos en cruz de los humilladeros!

FOT. SOLLMANN

EMILIO CARRÉRE

EN EL CAMINO DE DELFOS
LOS ORÁCULOS DE AYER Y DE HOY



Un aspecto del puerto del Pireo

CUÁNTO daría Grecia por resucitar su pasado, encontrarse en plena edad de Pericles y poder fiar su destino a lo que el oráculo dijera! Es de creer que Venizelos, el hijo de Creta, en quien parecen resucitar como espumas de las olas todas las ambiciones del dominio ateniense, ha puesto la mano sobre su corazón, se ha sometido a los antiguos y olvidados ritos y ha escuchado la voz del Destino, arrancando su misterio del parpadeo luminoso de las estrellas, del palpitar de las entrañas recién desgarradas de una bestia, ó simplemente de los graznidos de la corneja en el olivar verdinegro que ocultó a Ulises, escuchó la lira de Safo y la flauta de Pan y vió corretear, enrojecidos de amor y de pudores, a Dafne y a Cloe...

Un griego no puede desprenderse del misterioso hilo sutil que lo encadena a su pasado de glorias y grandezas. Desde las calles de la moderna Atenas se divisan en las alturas de la Acrópolis las columnas milagrosas del Partenón y del Erecteion, profanadas y saqueadas por los ingleses para enriquecer su Museo Británico. Todo en Atenas, los sonoros nombres engarzados a la tradición, los restos de los monumentos, los templos mismos, la vegetación florida, el cielo azul, el mar transparente es una permanente evocación de aquel ayer que no se borrará jamás de la historia humana, tan fecundo de espíritu y de ideas que todavía vivimos de ellas y sobre ellas está fundada toda nuestra cultura. Aristóteles no es un extranjero en nuestro saber. La técnica de Fidias y Praxiteles no ha podido ser añadida en un a la lista por nuestros artistas. Hacia el alma helena caminamos los peregrinos del ideal seguros de que si llegásemos a conocerla seríamos como los mismos dioses de la Mitología.

Así, pues, cada vez que la guerra ronda la divina tierra que parte, como un baño de náyades, el golfo de Corinto, hay en nosotros un estremecimiento de terror, porque la guerra, en estos viejos emporios del arte, más que dolor humano, es arrasamiento y es destrucción de cuanto vale más que la carne,

porque es espíritu y es inspiración divina. Así, Venizelos, podrá sentir las ambiciones vulgares de las generaciones actuales; Inglaterra le había ofrecido, a cambio del concurso de las armas griegas, la isla de Chipre en pleno señorío, y adentrarse por aquel Asia menor, hoy musulmana, y que ayer fué ateniense... Es lógico que Venizelos sienta la sugestión encantadora de aquellos nombres sonoros. Aquí estuvieron Troya y Pergamo; aquí Esmirna y Tiro... Rodas alzó aquí su coloso inmortal. Todo esto recobrado para el caudal nacional, poseído de nuevo, debe encandilar los ojos de un gobernante ambicioso; pero ¿a qué riesgo? ¿A qué precio? ¿Y si el destino en este azar tuviese escondida a la adversidad tras esos ambiciosos ensueños? Y el rey, que no es un hebreo, que es un frío danés que en vano querrá compenetrarse con aquel pueblo todo hervor, todo inquietud, todo impaciencia, todo impresionabilidad, ha detenido con un gesto la guerra que se adentraba por el sagrado territorio.

¡Ah! los antiguos oráculos no tenían estas impacencias de Venizelos. Si queréis oír a Pausanias cuando va a escuchar la predicción agorera de Trofonio vereis cómo el porvenir no es cosa que se nos pueda ofrecer de improvisó y cuya adivinación sea como un telón de teatro ó una cortina que pueda desgarrarse de un tirón.

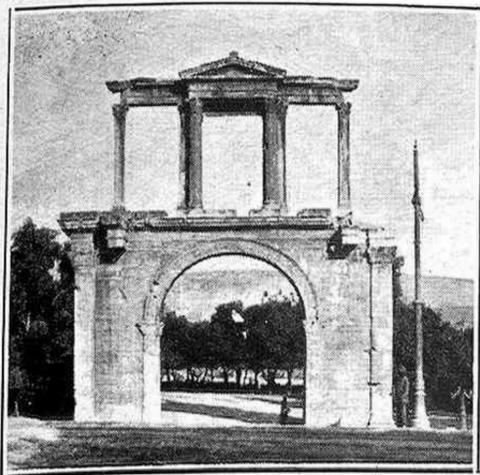
Quando el peregrino llegaba a Livadia, inquieto y febril por el temor de conocer su destino y por el ansia de saberle, se instalaba en un edificio consagrado al buen genio y a la buena fortuna y allí ofrecía una serie de sacrificios, al cabo de los cuales los sacerdotes examinaban las entrañas de los pobres corderos y las pobres palomas, esperando adivinar en ellas un signo que denotara que Trofonio estaba bien dispuesto. Cuando este signo aparecía, el peregrino era conducido al barranco de Hercyna, donde se le lavaba con agua del torrente, se le ungía con aceite y se le revestía con una túnica de lino y un calzado especial; se le hacía beber en las fuentes del Olvido y de la Memoria y se le conducía a través de la montaña hasta el antro donde Trofonio moraba. Era la entrada como la boca de un horno; el peregrino se tendía en el suelo manteniendo en cada mano un pastel de miel e iba introduciendo las piernas poco a poco en aquel agujero. En el momento en que las rodillas tocaban el borde interior de aquella boca, una fuerza misteriosa, como un torbellino, arrastraba al peregrino al fondo del antro. Veía entonces desfilir una serie de imágenes extraordinarias y fugaces en una arrebatada danza vertiginosa. El porvenir se revelaba entonces al peregrino en visiones, en sueños, en verdaderos encantamientos. Luego, arrastrándose, como podía y cuando podía, fármico y sediento, muchas veces febril y algunas enloquecido, salta el peregrino. Y nos dice Pausanias con toda formalidad: «Mas tarde se recobra la razón así como la facultad de reir...»

¡Dioses del Olimpo que permitisteis que Cadmo el fenicio, persiguiendo a su hermana Europa, robada por el divino toro, sembrara los dientes del dragón y engendrara así los ejércitos permanentes y el militarismo, porque aquellos dientes se convirtieron en semillas milagrosas y de estas semillas nacieron hombres con escudo y lanza y carcaj lleno de flechas que, al verse armados, creyeron que habían nacido para combatir y lucharon entre sí y se mataron unos a otros como si no fuesen her-



Vista parcial del Teatro de Baco, en Atenas

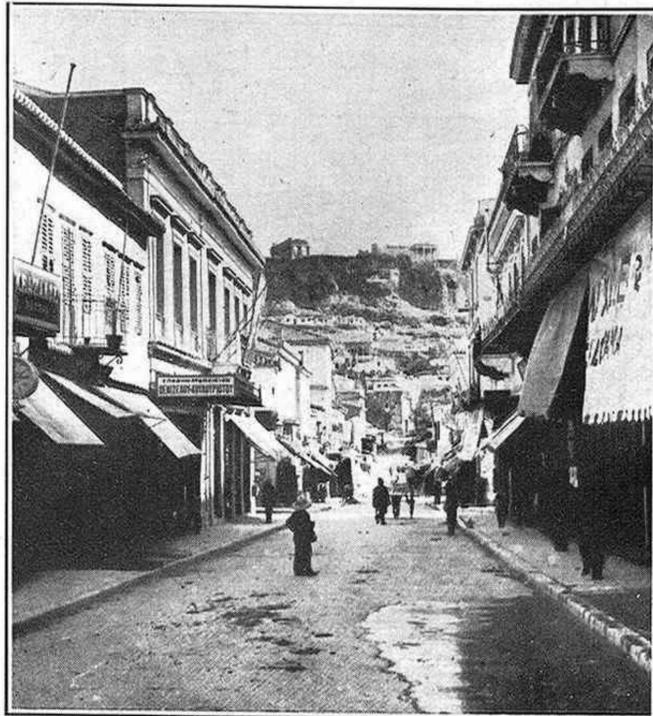
CAMARAFOTO



Ruinas del Arco de Adriano

manos...! ¡Dioses del Olimpo, no permitais que la guerra entre otra vez en las lindes de la divina Grecia, que debiera declararse, no territorio neutral, sino tierra sagrada de las más altas reliquias que puede poseer la Humanidad...!

Porque son reliquias no más que apenas podrán soportar, sin que se derrumben para siempre, el transcurso de este siglo xx. Del Partenón que alzó Fidias para la eternidad, que hubiera podido resistir y contrarrestar las fuerzas de la naturaleza durante cien siglos, apenas queda un breve esqueleto. Fueron manos bárbaras ó manos ladronas de hombres las que destruyeron y despojaron esta obra sublime en que la línea alcanzó sutilmente, como un milagro, la más alta expresión de belleza. Así, también, en la misma Acrópolis, el templo de Júpiter olímpico alza la esbeltez de sus columnas con sus prodigiosos capiteles, mordisqueados y carcomidos, como un bosquecillo de viejas palmeras en el arenal inclemente del desierto; así el teatro de Baco nos dice cómo la muerte y la barbarie segaron en aquella so-



Una calle de Atenas

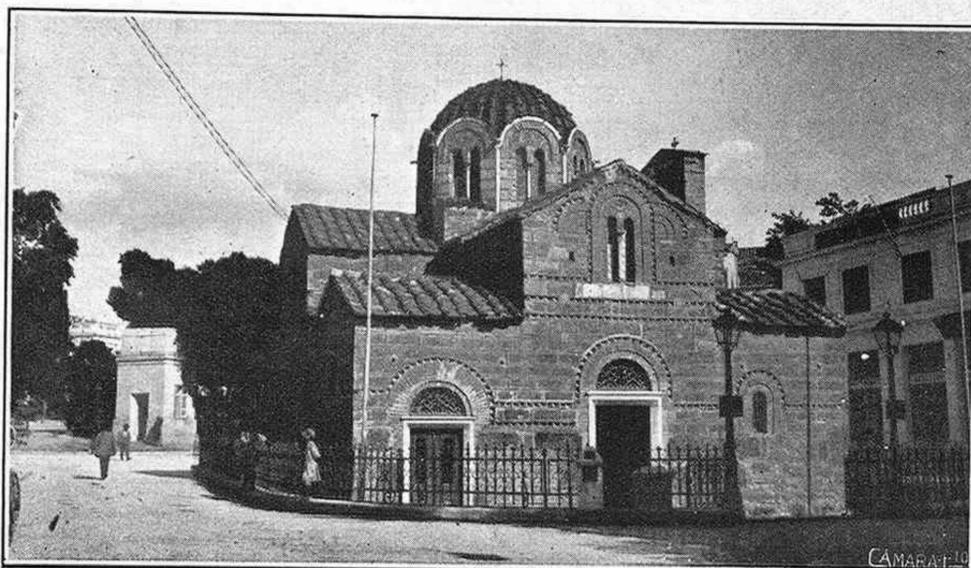


Ruinas del Partenón ateniense

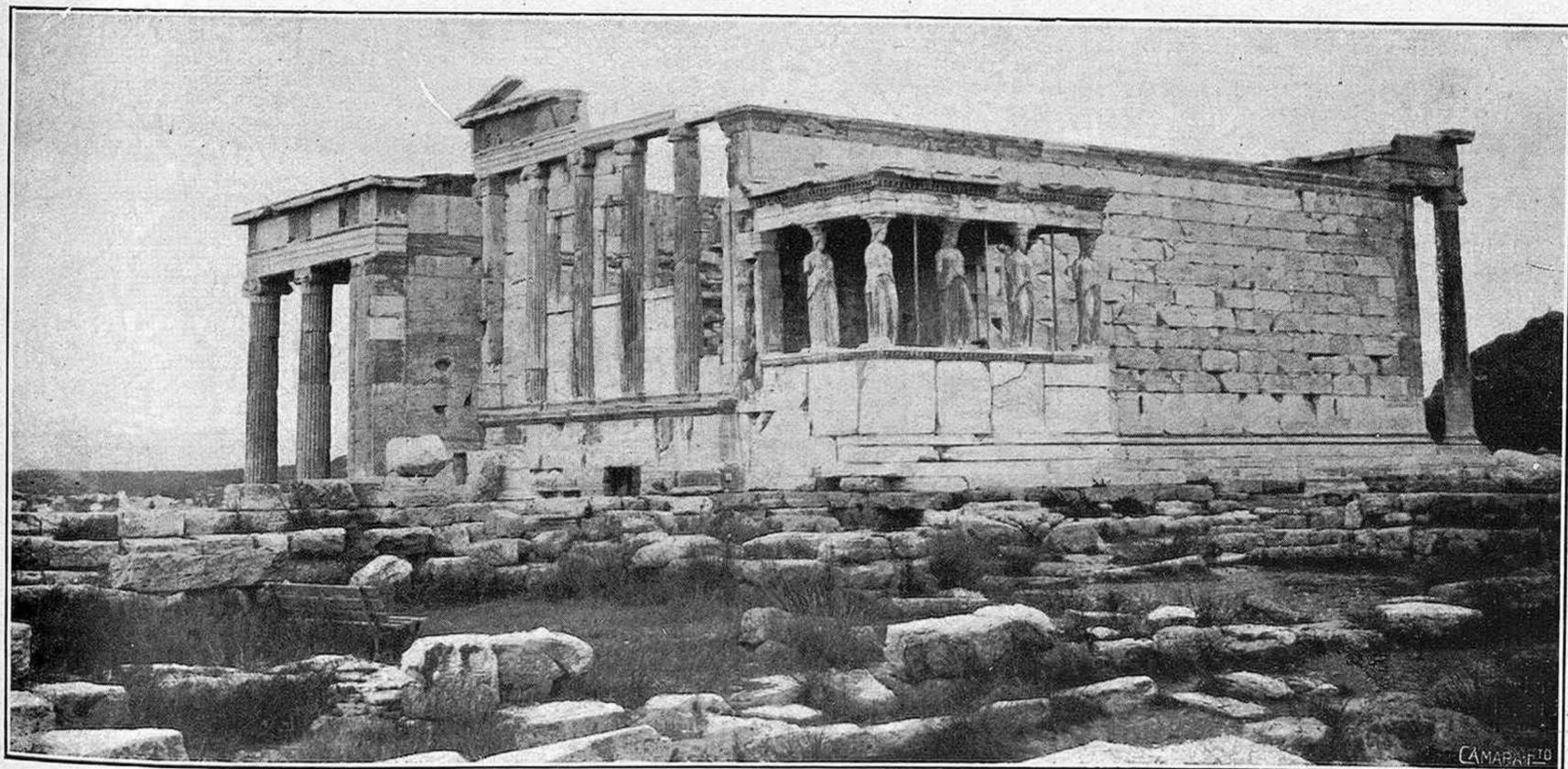
berbia gradería toda la grandeza de una raza que supo dominar por la fuerza y utilizar la fuerza para trocirla en belleza, y cuando hubo gustado la fruta sabia del placer y la amarga de la filosofía, perdió toda fe, dejó caer sus armas al suelo y prefirió morir; así el portentoso coro de las cariátides, en el ángulo del Erecteión, mira hacia allá abajo, hacia la Atenas moderna y hacia el mar Egeo, con sus impasibles pupilas corrodas por el tiempo, con sus brazos rotos, con sus vestiduras desgarradas; así el Arco de Adriano, desmantelado, ha perdido toda su imponderable grandeza!...

¡Ah, junto á este relicario que la guerra pondría en riesgo, que la guerra arrasaría, ¿qué importan unos kilómetros cuadrados de territorio?; ¡Ah!, Venizelos no puede declararse nieto de Pericles; Venizelos, salido de un islote lleno de odios, es un bárbaro; sabe de la ambición y de la codicia y de la soberbia, pero es indigno de que el pueblo escuche su voz en la serenidad del Areópago...

MÍNIMO ESPAÑOL



Un rincón de Atenas



El Erecteión y el famoso templete de las cariátides, en Atenas

FOTS. CHUSSEAU-FLAVIENS

BIENEO DE
BIBLIOTECA

CUENTOS ESPAÑOLES



Nos le presentó D. Francisco, el jefe del negociado.

—Señores...: D. Manuel Bustos, oficial primero que viene á substituir á Díaz... D. Angel Ponte, D. Cesáreo Jiménez, D. Melchor Camino, D. Aurelio Rodríguez...

Hubo unos cuantos apretones de manos y unas frases trilladas de vulgar cortesía.

D. Francisco continuó:

—Creo, Sr. Bustos, que puedo desde luego felicitarle. Aunque no sea yo precisamente quien debiera decirlo, viene usted destinado al mejor negociado de la casa, no solo por el personal, que es excelente—ya tendrá usted ocasión de comprobar que somos muy pocos y muy bien avenidos—, como por la índole del trabajo que, gracias á Dios, no es apremiante ni difícil. Creo, Sr. Bustos, que entre nosotros se hallará usted muy bien.

El Sr. Bustos se inclinó.

—Tengo entendido que viene usted de provincias.

—De la Intervención de Valladolid.

—¿No ha servido usted nunca en Administración?

—Sí, señor, muchos años; comencé la carrera en la Dirección de Propiedades.

—¡Ah! ¿De manera que usted ya ha servido en Madrid?

—Yo soy de Madrid.

—Entonces no hay más que hablar. Esa es su mesa y su sitio. Camino le facilitará cuanto necesite. Y mañana, pasado, cuando usted quiera, nos pondremos de acuerdo para que empiece á trabajar. Buscaremos para *debut* un expediente que sea sencillito. De todos modos cualquier duda que se le ofrezca no tiene más que consultármela.

Al día siguiente, cuando á las diez de la mañana llegué á la oficina, hallé al nuevo oficial sentado ante su mesa limpiando y aforrando los cajones con recio papel de empaquetar. Debía llevar bastante tiempo, porque tenía ya la tarea casi terminada.

—Mucho ha madrugado usted, Sr. Bustos. Ayer me olvidé de advertirle, que aunque la hora de entrada es á las nueve, todos solemos retrasarnos un poco. Hasta las diez ó diez y media no hay aquí nunca nadie. Se lo advierto por si quiere, en lo sucesivo, evitarse el esfuerzo de venir tan pronto.

—Para mí no es esfuerzo. Tengo por costumbre levantarme temprano.

—Lo cual quiere decir que por las noches se retira usted pronto.

—No suelo salir.

—¡Como! ¿No sale usted de noche?

—Casi ninguna.

—¿Es usted soltero ó casado?

—Casado.

—¿Tiene usted hijos?

—Tres.

Me ofreció un pitillo, desdobló un periódico y se puso á leer.

Aquel día empecé á darme cuenta, y luego el tiempo me lo confirmó plenamente, que el señor Bustos era hombre de muy pocas palabras. Se mostraba con todos muy atento, muy correcto, muy bien educado, pero manteniendo siempre, dentro de esta amabilidad, la debida distancia, sin dar pretexto nunca para confianzas ni familiaridades. Al cabo de seis meses de constante asistencia á la oficina, seguía siendo para todos tan desconocido como el primer día que se presentó.

Debía de tener unos cuarenta años; quizá menos á juzgar por su figura esbelta y su ademán gallardo; acaso más por las muchas canas que le plateaban los aladares y el bigote pulcramente recortado á la inglesa. Vestía con gran atildamiento. Todo en él era limpio y todo parecía siempre nuevo: el traje, sin una mancha ni una arruga; las botas, relucientes; el sombrero, impecable; las corbatas, recién estrenadas; la camisa, como acabada de planchar.

Un día D. Francisco no pudo contenerse.

—Amigo Bustos, permítame que le felicite con toda el alma. No hay más que verle para comprender que tiene usted la fortuna de poseer una mujer maravillosa.

Bustos sonrió y no dijo nada. Nunca decía nada de su familia. Cuando en los momentos de expansión la charla se generalizaba y los más ingenuos sacaban á relucir las intimidades del hogar, él se mantenía callado como ajeno á la conversación. Nunca nos hizo una confidencia, ni supimos sus opiniones, ni le oímos aventurar un juicio propio. Si alguien, osado, cometió alguna vez la indiscreción de entrometerse, se quedó con la curiosidad dentro del cuerpo, porque él, siempre habilísimo, soslayó la pregunta y esquivó la respuesta. En las intimidades de la

vida privada, Bustos era un enigma. Nunca pudimos saber en qué empleaba el tiempo fuera de la labor oficinesca. En cuanto daban la hora, se calaba el sombrero, tomaba el tranvía en la Puerta del Sol y no volvíamos á saber de él hasta el día siguiente. No tenía tertulia de café, no iba al teatro, no era socio de ningún casino, no sentía predilección concreta por ningún paseo. Cuantas tentativas realizamos para atraerle á nuestras diversiones, resultaron infructuosas. Nunca hubo manera de contar con él para nada.

Esta actitud intransigente de insociabilidad, comenzó por sorprendernos y acabó, naturalmente, por indignarnos. Y á falta de bases firmes sobre las que fundamentar una explicación satisfactoria, nos dimos á las hipótesis más aventuradas y á las suposiciones más absurdas. Aurelio Rodríguez, que como buen levantino tenía una imaginación desbordada, se creyó un día poseedor del secreto.

—Ya sé—nos dijo—qué le pasa á este hombre. Este hombre es una víctima de su mujer. Su mujer le tiene así—cerró el puño y con una crispación violenta le tremoló en el aire—. No les quepa á ustedes la menor duda; este pobre hombre es una víctima de su mujer. Fíjense ustedes lo limpio, lo atildado, lo elegante que va. Con doce mil reales no se puede vestir de esa manera. Indudablemente la del dinero es ella; ella es la rica. Este hombre se ha casado por los cuartos y le ha salido la criada respondona; ha dado con un marimacho de esos que se ponen los pantalones y el infeliz no se atreve siquiera á rechistar. Ella es la que manda, la que dispone y la que mangonea. Estoy seguro de que por las mañanas le da dos reales para una cajetilla y la noche que llega tarde á casa le deja sin cenar. Debe ser una harpía, celosa, vieja, fea... No les quepa á ustedes la menor duda. ¿Si no fuese un adefesio, no la conoceríamos ya á estas horas? ¿Crean ustedes que él no nos la hubiera presentado? El que tiene una onza la cambia y el que posee una mujer bonita la exhibe. Y á ésta, ¿quién la ha visto? ¿Quién puede vanagloriarse de haberla visto?

Todos callamos.

—Este pobre Bustos es un desdichado—prosiguió Rodríguez enorgullecido de su perspicacia—. Así se explica el gesto de mal humor que siempre tiene. ¡Infeliz! ¡Señores, por dignidad del sexo, por decoro de la clase, hay que salvar

á este hombre, hay que emanciparle de la tiranía conyugal, es necesario que le rehabilitemos!

Todos asentimos.

—¡Le rehabilitaremos!

Y, en efecto, á partir de aquel día comenzó con verdadero ahinco el asedio de Bustos. No hubo pretexto que se desperdiciase, ni ocasión que no se aprovechara, ni resquicio por el cual no nos metiéramos para tenderle un lazo ó prepararle una celada. Más listo que nosotros supo siempre evadirlos y no caer en ninguno. Ruegos, súplicas, ofrecimientos, convites, burlas, ironías, todo se estrelló ante la actitud irreductible de aquel hombre.

Una vez nos tocó la Lotería. Jugábamos entre cuatro, uno de ellos él, dos décimos de tres pesetas y nos cayó un premio de mil quinientas, quince duros á cada uno. Decidimos, como es natural, festejar el suceso y después de un debate animadísimo en el que se desecharon infinitas proposiciones, acordamos por unanimidad ir á los toros y terminar el día con una cena al salir de la plaza. Digo que el acuerdo fué tomado por unanimidad porque si bien es cierto que en el primer momento Bustos, como siempre, procuró evadir la sospecha de que pudiéramos achacar sus excusas á tacañería le hizo al fin transigir.

Ocurría esto un miércoles y la corrida, extraordinaria de Beneficencia, se celebraba el día siguiente. Hicimos un detallado presupuesto de gastos y Melchor Camino se encargó de todo.

Pasamos una tarde deliciosa. Bustos, especialmente, se divirtió muchísimo. Nos confesó que los toros era la pasión más grande de su vida y Joselito el *Gallo* el fenómeno más inmenso que han conocido los anales de la tauromaquia.

Salimos á la calle muy contentos, pero al llegar á la Puerta del Sol se suscitó un pequeño incidente. Bustos quería aprovechar las dos horas que faltaban hasta la cena para ir á su casa á saludar un momento á su familia. Como es natural nos opusimos todos. Con este motivo hubo una discusión bastante viva en la que llegaron á decirse algunas cosas francamente desagradables. Por fortuna los más prudentes logramos imponernos y se llegó á una solución de concordia que consistió en permitirle que escribiese un «contingente». Yo mismo me presté á acompañarle.

Bustos iba muy nervioso y muy malhumorado. Sin dirigirme apenas la palabra en todo el trayecto entramos en la tienda, se sentó ante un pupitre y comenzó á llenar febrilmente un pliego de papel.

Un movimiento instintivo de curiosidad me hizo cometer la indiscreción de enterarme de lo que leía.

«Nenita de mi alma: Ya sabes que esta noche no ceno en casa y que probablemente llegaré un poco tarde. Da de comer á los niños, acuéstalos y...»

Me indigné. Declaro ingenuamente que me indigné.

Y no es que yo sea un hombre duro de corazón. Al contrario.

Si de algo peco es de sentimental.

Pero una cosa es el sentimentalismo sano y otra la sensiblería ridícula y cursi.

Tratárase de un muchacho en el fervor del noviazgo ó en las dulzuras embriagadoras de la luna de miel y todos estos transportes afectivos me hubieran parecido seguramente pocos; en un señor de cuarenta años, cargado de hijos, se me antojaron de una ridiculez intolerable.

No le dije nada, pero acabé por perder la poca estimación que aún le tenía.

Los compañeros nos aguardaban en la «Maison Doré». Tomamos un «vermouth» y luego en el «Sanatorio» unas cañas de manzanilla que nos predispusieron muy favorablemente para la fiesta. La cena fué magnífica. Comimos muy bien, bebimos mejor, y nos reimos mucho. No hay que decir que desde el primer plato adiviné el unánime propósito de emborrachar á Bustos, tarea algo difícil porque el hombre trasegaba como un tudesco.

Cayó al fin, mas después de llevarse por delante á Cesáreo Jiménez y á Melchor Camino.

Los dos se pusieron hechos unas cubas. Aurelio Rodríguez tuvo que irse con ellos en un coche y yo me quedé con Bustos en medio de la calle, porque á pesar de su formidable borrachera, se daba cuenta de todo y se negaba en absoluto á ir á su casa en semejante estado.

—No voy, ¿sabe usted? Yo no voy así... No quiero que me vea mi mujercita... No, no, no, no... ¡je!, que no..., que no voy...

Estuvimos andando por las calles hasta las cuatro de la madrugada. A esa hora conseguí convencerle. Tenía mucho sueño y estaba aplañadísimo. Se dejó llevar como una criatura. Sólo de cuando en cuando, se atrevía á murmurar muy bajito, entre dientes, con la obsesión tenaz de una idea fija:

—¡Pobre nenita mía!... ¡Nenita de mi alma!... Con tal de que no se entere...

A medida que nos acercábamos á la casa, la cobardía y el aplanamiento eran mayores. Subió temblando las escaleras. Cuando al llegar al piso vió luz á través del montante de la puerta, se puso horriblemente pálido. Apenas tuvo fuerza para darme el llavín.

—Abra usted..., hágame el favor..., yo no podría...

No fué necesario, porque la puerta se abrió sola y apareció en el dintel una niña de unos quince años, pálida y rubia, vestida con un amplio delantal de dril.

—¡Ay, gracias á Dios!... ¡Qué susto tenía! ¿No te ha pasado nada, papá?

—No, hijita mía, nada... Es que...

La voz se le ahogó en la garganta. Dándome cuenta de su angustia, fuí á intervenir, pero la muchacha me atajó con un gesto:

—No, no, si ya lo sé... Han cenado ustedes juntos. Ya me figuraba yo que papá vendría tarde. ¡Pero como es la primera vez que nos ha dejado solos!... Pasen, pasen ustedes.

Nos condujo á un lindo gabinete y nos hizo sentar. Ella se sentó también en una silla baja, con las rodillas juntas y las manitas sobre el delantal.

—Recibí tu carta, papá; di de cenar á los niños, los metí en la cama, dije á la chica que se acostara y me asomé al balcón para esperarte. Te he visto venir.

—Realmente—dije yo avergonzado—nos hemos retrasado un poco. Pero conste que la culpa ha sido nuestra, únicamente nuestra...; él no quería...

—No, no, si han hecho ustedes bien. Yo me alegro mucho de que papá se haya divertido. ¡Pobrecillo! ¡Si viera usted qué vida tan aburrida lleva!

Se interrumpió para mirar á Bustos que daba cabezadas en el sillón.

—Anda, papá, acuéstate; tienes mucho sueño.

Y como él, con la cabeza caída, los ojos cerrados y la boca abierta, no se moviese, le cogió de un brazo y dulcemente le obligó á levantarse.

—Anda, papá, anda...

Luego se volvió á mí:

—¿Sería usted tan amable que me ayudara á desnudarle?

Yo estaba tan sorprendido y tan emocionado, que creo que ni siquiera respondí. Automáticamente le llevé á la alcoba y sin decir una palabra le acostamos entre los dos.

Cuando después de dejarle en la cama regresamos al gabinete, no me pude ya contener.

—Pero, ¿y su mamá?

La chiquilla se me quedó mirando con los ojos muy abiertos, muy graves.

—Nosotros no tenemos mamá.

—¡Cómo! ¡Si él me ha hablado muchas veces de su mujercita!

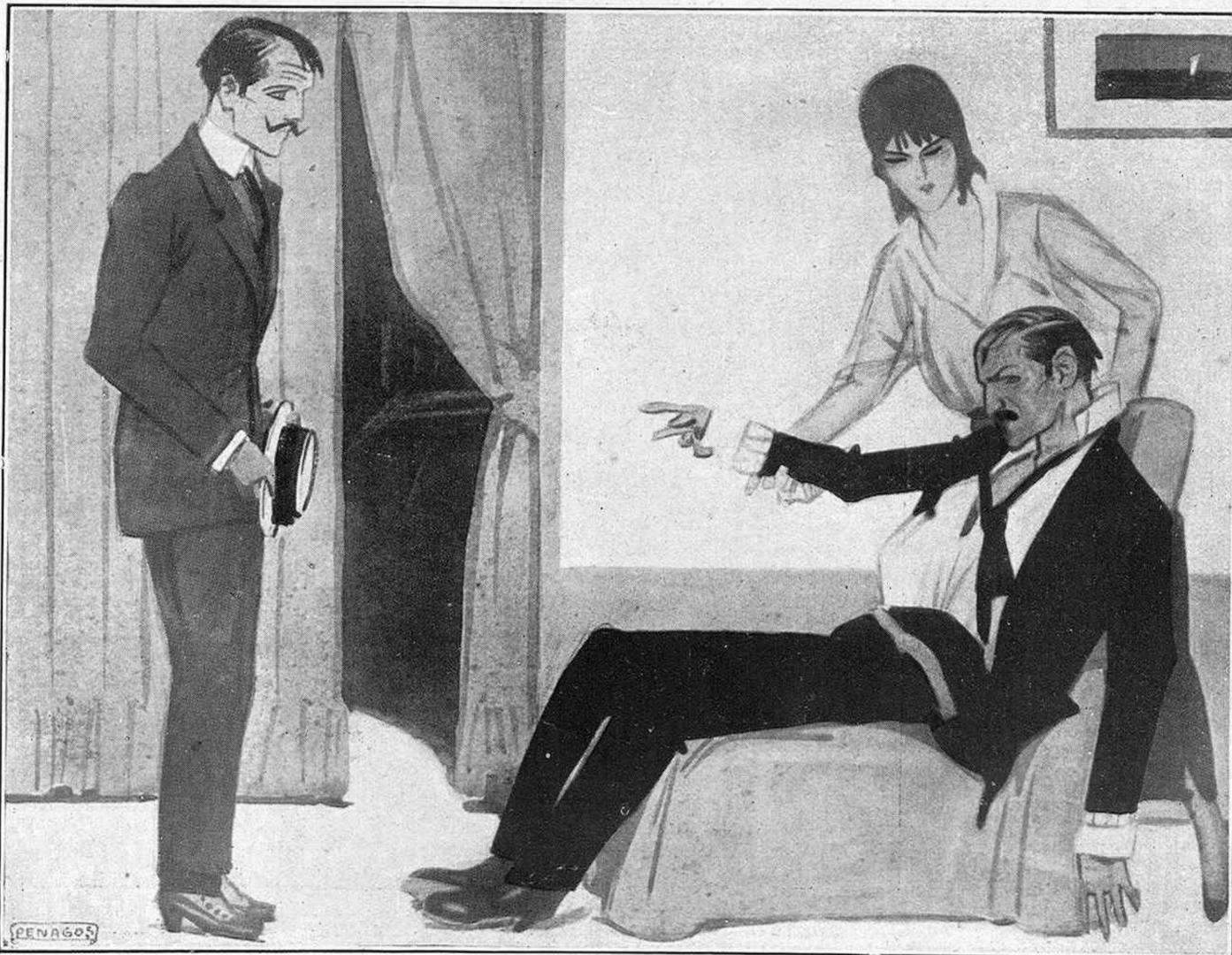
—La mujercita soy yo, caballero. Papá me llama así desde que mamá nos abandonó..., hace ya mucho tiempo..., cuatro años en Septiembre... Mamá ha sido muy mala con nosotros, muy mala... Cuando vea usted á papá no le diga nada de esto. Papá no quiere que se hable de mamá.

Me marché con el corazón oprimido.

Al día siguiente Bustos no vino á la oficina; ni al otro, ni al otro. Al mes supimos que le habían trasladado, á petición propia, á la Delegación de Santander.

DEIJOS DE PENAGOS

PEDRO MATA



LO QUE RECUERDAN LAS RUINAS
MADRIGAL Y EL PASTELERO

HACE pocos días cumplieronse trescientos veinte años de la sensacional ejecución en la horca del agustino fray Miguel de los Santos, efectuada en la plaza de Madrid, por virtud de sentencia dictada por los jueces que vieron el proceso y sancionada por la augusta majestad del severo Rey Don Felipe II.

Pocas semanas antes había sido también ejecutado en la plaza de Madrigal de Altas Torres, el plebeyo Gabriel de Espinosa, como reo del mismo delito de que la justicia acusó al citado monje y en el que también, aunque con responsabilidad muy inferior, alcanzó alguna culpa á la religiosa Dona Ana de Austria, sobrina del propio soberano de las Españas, á quien para castigar su inocente complicidad se la encerró en una celda del monasterio de Avila en reclusión rigurosa, por espacio de cuatro años.

Del hecho escandaloso, que tanto preocupó á la gente de aquella época y por el que tan severas penas fueron impuestas á los culpables, aún se conservan en aquel pueblo de la vieja Castilla, en que acaciera, innumerables recuerdos, que ofrecen mayor interés al visitante y excitan su curiosidad con mayor empeño que los que aún subsisten en el mismo lugar, relacionados con el nacimiento de la Infanta Doña Isabel, que más tarde fué la Reina Católica, y que por sí solos bastarían para atraer la atención, si no viniera á empañar su sereno brillo el carácter trágico y sangriento del episodio antes citado que ha de recordarse con preferencia por sus excepcionales circunstancias.

ooo

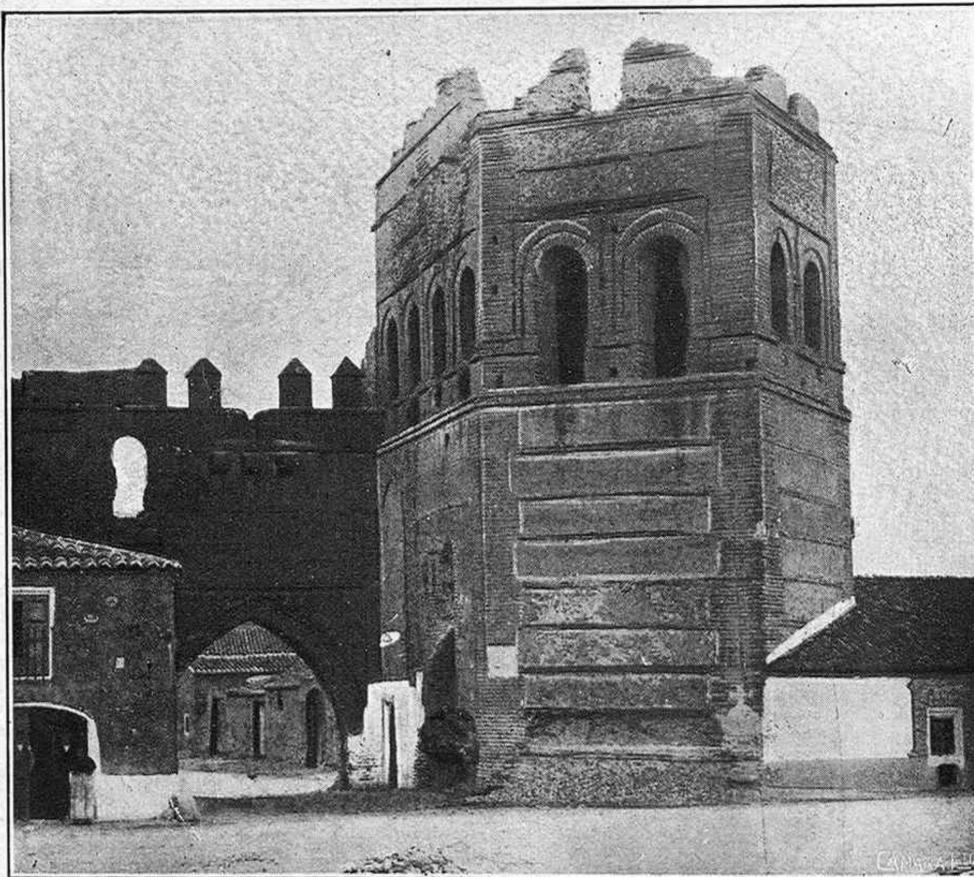
Fué el caso que hallándose establecido en su oficio de pastelero en una de las principales calles de Madrigal un portugués llamado Gabriel de Espinosa, hombre de escasa educación, pero de muy finos modales y extraordinario don de gentes, comenzó á correr la noticia de que el soberano portugués D. Sebastián, á quien se tenía por muerto, gozaba de vida y de salud, aunque nadie podía precisar á ciencia cierta su paradero.

Había venido por entonces á España, desde el vecino reino de Portugal un fraile agustino llamado Miguel de los Santos á quien por haberse declarado fervoroso partidario del prior que la Orden tenía en Creta, obligósele á trasladarse á España. Este religioso intrigante y dotado de más travesura que talento, habíase distinguido en la Orden y ocupado en ella los más elevados puestos. Al ser trasladado á Castilla nombrósele vicario de las monjas agustinas de Madrid.

En sus frecuentes visitas al convento que las religiosas de esta Orden habían establecido en el palacio que fué de los reyes en Madrigal de Altas Torres, por virtud de la donación hecha por sus au-



Calle del Tostado y torre de la Iglesia parroquial de San Nicolás, en la que fué bautizada Isabel la Católica, y á cuyo pie fué ahorcado el célebre pastelero Gabriel de Espinosa



Torreón de planta pentagonal, llamado castillo, que defendía la entrada occidental, y vulgarmente conocido con el nombre de puerta de Cantalapiedra

gustos duenos en favor de la comunidad tuvo ocasión de conocer fray Miguel de los Santos á la profesa Doña Ana de Austria, hija de D. Juan, que no de muy buen grado por su escasa vocación, encontrábase reclusa en aquella santa casa.

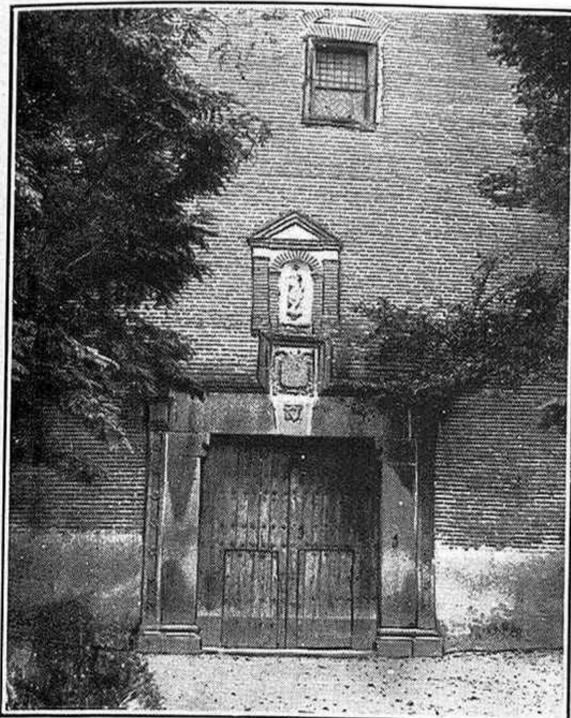
Con motivo de estas visitas á Madrigal, entabló también conocimiento el vicario de las Agustinas, con el pastelero Gabriel de Espinosa, á cuya tienda pudo llevarle la afición á las golosinas que con tan extraordinario arte confeccionaba aquél; en cuanto á la razón de la amistad y de la íntima confianza que no tardó en unir al fraile con el pastelero, explícate mejor que por efecto de la casualidad, por la circunstancia de ser ambos compatriotas.

Quizá no fuera tampoco ajena á este hecho otra razón; la de haber encontrado el religioso un extraordinario parecido, así en las facciones como en la figura y modales, entre el modesto Gabriel de Espinosa y el Rey D. Sebastián, de quien tanto se hablaba en aquellos días. Y acaso fuera esta semejanza lo que motivó en la inquieta mente del fraile la torpe intriga que se diera á fraguar y la que no tardó en poner en práctica, una vez planeado su maquiavélico proyecto.

Valiéndose de la escasa inteligencia y menor vocación claustral de Doña Ana, comenzó á fomentar en ella el deseo de verse libre de aquella vida, llegando á asegurarla que, interesado vivamente por el sosiego de su ser y que del Sumo Hacedor había tenido revelaciones que le permitían prometerla que no solamente dejaría muy pronto el claustro, por estar llamada á cumplir misión muy distinta y en la que serviría á Dios del propio modo que en la clausura del convento, sino que llegaría á ser esposa del Rey Don Sebastián, del que sabía también por virtud de esas divinas revelaciones que estaba vivo y que con él había de sentarse en el trono.

Al propio tiempo el astuto fraile hacíale ver al pastelero lo sencillo que era para él fingirse el soberano de aquel reino y estimulando su ambición y excitando su codicia con los relatos más fastuosos y sorprendentes de la vida cortesana, logró trastornar su razón en términos, que no le fué difícil convencerle de que siguiendo sus instrucciones triunfaría en la empresa y llegaría á ser monarca de Portugal y esposo de la hija de D. Juan de Austria.

Para que con mayor confianza, seguridad y aplomo pudiera el pastelero desempeñar su difícil papel, hizo el fraile venir á varios portugueses á fin de que le reconocieran, y como todos ellos aseguraran con la mayor firmeza que era en efecto el Rey D. Sebastián y nadie mostrase la



Puerta de entrada al palacio en que nació Isabel la Católica, y en el que después se estableció la comunidad de religiosas Agustinas

menor sospecha de la superchería, el bueno de Espinosa vestido con las galas que á su rango correspondían, aunque no todo lo fastuosas y ricas que para los actos de corte habría de emplear, puesto que aparecía mostrarse de incógnito, decidióse á ser presentado a la religiosa con quien no había de tardar en contraer matrimonio afirmando así la posesión de la corona portuguesa y su parentesco con el soberano de España.

Persuadida la infeliz Doña Ana de la honorabilidad del fraile y del carácter divino de aquellas revelaciones que le había comunicado, así como de su desinterés y bondad en cuanto á ella se refería, al serle presentado por el vicario el pastelero Espinosa como el Rey D. Sebastián, no pudo pasar por la mente de la monja ni la más ligera sospecha de que era vilmente engañada y la admiración y el respeto que le inspiró aquella primera entrevista no tardó en convertirse en la pasión amorosa que aquellos dos espíritus criminales, en vil consorcio, procuraron despertar en el ánimo de la religiosa que tan incautamente dejábase coger en las redes que la maldad tendía. De aquella inteligencia amorosa, que fomentaba el astuto fraile, existe el indudable testimonio de las tiernas y apasionadas cartas que Doña Ana dirigiera á su prometido y cuyos originales se conservan.

Como la nueva de que el Rey vivía cundió por toda España y aun pasó las fronteras y fué mucha la gente que vino de Portugal ansiosa de verle y acatarle, y no ya como rumor indigno de concederle crédito, sino como exacta noticia que se fundaba en afirmaciones concretas y rotundas llegó á oídos del soberano D. Felipe II, fué cosa de que la corte se preocupara hondamente, disponiéndose á hacer las averiguaciones propias del caso.

Y efecto de ellas, algo muy grave debió encontrar el alcalde de la Cancillería, D. Rodrigo de Santillán, cuando mandó prender á Espinosa, formándole un proceso, que no tardó en hacerse famoso porque en él quedó descubierta toda la intriga, hasta en sus más mínimos detalles, siendo incluso ocupados todos los papeles de Doña Ana, aunque el sagaz religioso trató de intimidar á la Superiora del convento con la amenaza de excomunión si permitía entrar en el recinto al alcalde y registrar la celda de la monja.



Panteón de Fray Gonzalo Guiral, existente en la iglesia parroquial de San Nicolás



Casa de Madrigal, de Altas Torres, en que vivía el célebre pastelero, desde cuyo balcón se comunicaba con la religiosa doña Ana de Austria

Vista la complicidad del fraile fué nombrado juez apostólico para que interviniera en el proceso el doctor D. Juan de Llano Valdés. Efectuáronse muchas prisiones y sometieron al tormento á los acusados. El Rey, interesado excepcionalmente en el asunto, exigió que se procediera con todo rigor y dictada sentencia fué condenado Espinosa á ser sacado de la cárcel en un serón, arrastrado así hasta la plaza de Madrigal, ahorcado públicamente, descuartizado después y expuestos los cuartos en los caminos y la cabeza en una jaula de hierro.

En cuanto á fray Miguel de los Santos, después de degradado, fué también ahorcado en la plaza de Madrid. A Doña Ana, cuyo único delito consistía en haberse dejado seducir por las intrigas del fraile, impúsose la pena de ser trasladada al convento de Avila, permaneciendo en reclusión durante cuatro años. Otros que más indirectamente resultaron complicados en el asunto fueron condenados á galeras y á destierro.

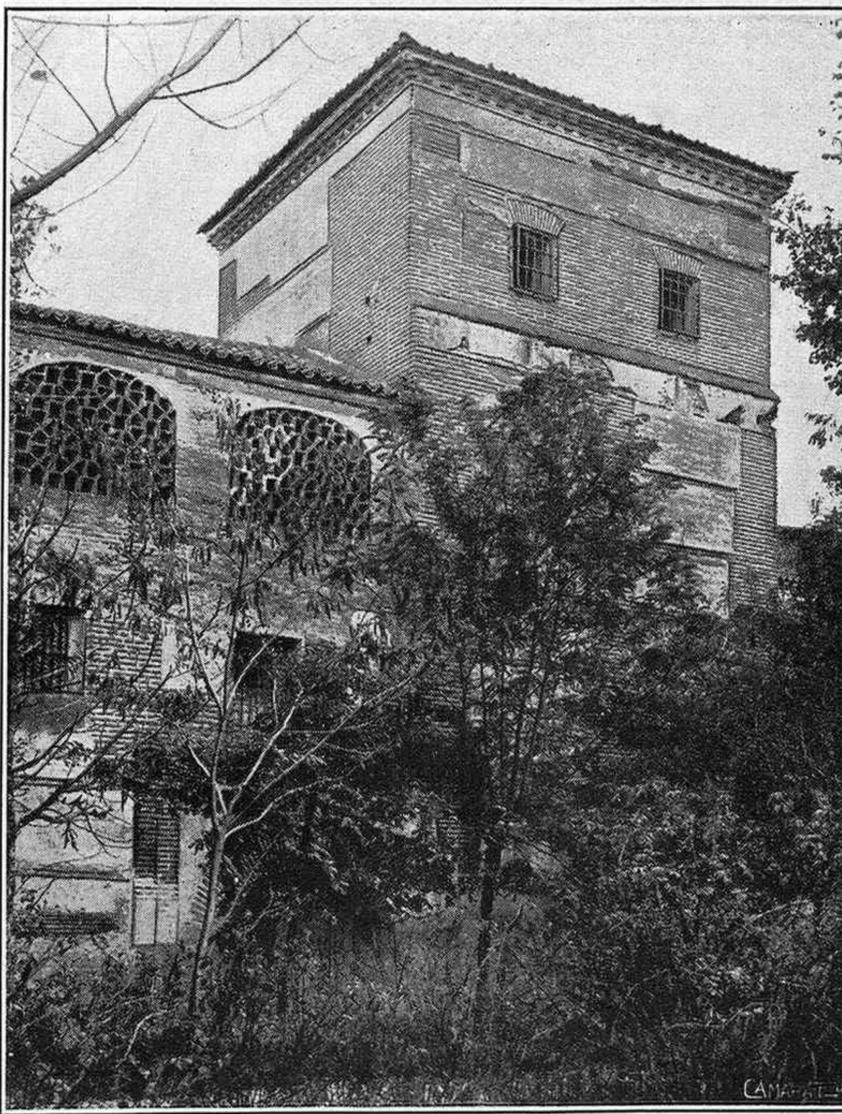
Este curioso y sensacional proceso, que se conserva en el archivo de Simancas, inspiró á nuestro gran poeta Zorrilla el hermoso drama *Traidor, infanoso y mártir*.

De todos los episodios históricos que dieron renombre á Madrigal, aún se conservan recuerdos tan indelebles como los que reproducen las fotografías que ilustran estas páginas y que tanta relación tienen con aquel trágico suceso que dejamos descrito.

Las fortalezas que defendían el recinto, derruidas unas, en ruinoso estado otras, aún dan idea de lo que fueron.

En la plaza existen también las dos parroquias de Santa María y San Nicolás, la segunda con alta torre. A los lados del presbiterio consérvanse en ésta varias suntuosas urnas sepulcrales. En una de ellas, al pie de una efigie de la Virgen de la Piedad, descansan el Sr. Rui González de Castañeda y su esposa D.^a Beatriz González; en otra Fray Gonzalo Guiral, comendador de Cubilla. Sobre este panteón existe un retablo del nacimiento entre cuyas estriadas columnas campean la efigie de San Jerónimo y las de la Fe y la Caridad, y en la cúspide un excelente Calvario. Consérvase también en esta iglesia la pila de San Nicolás, en la que, según tradición, fué bautizada la gran reina Isabel.

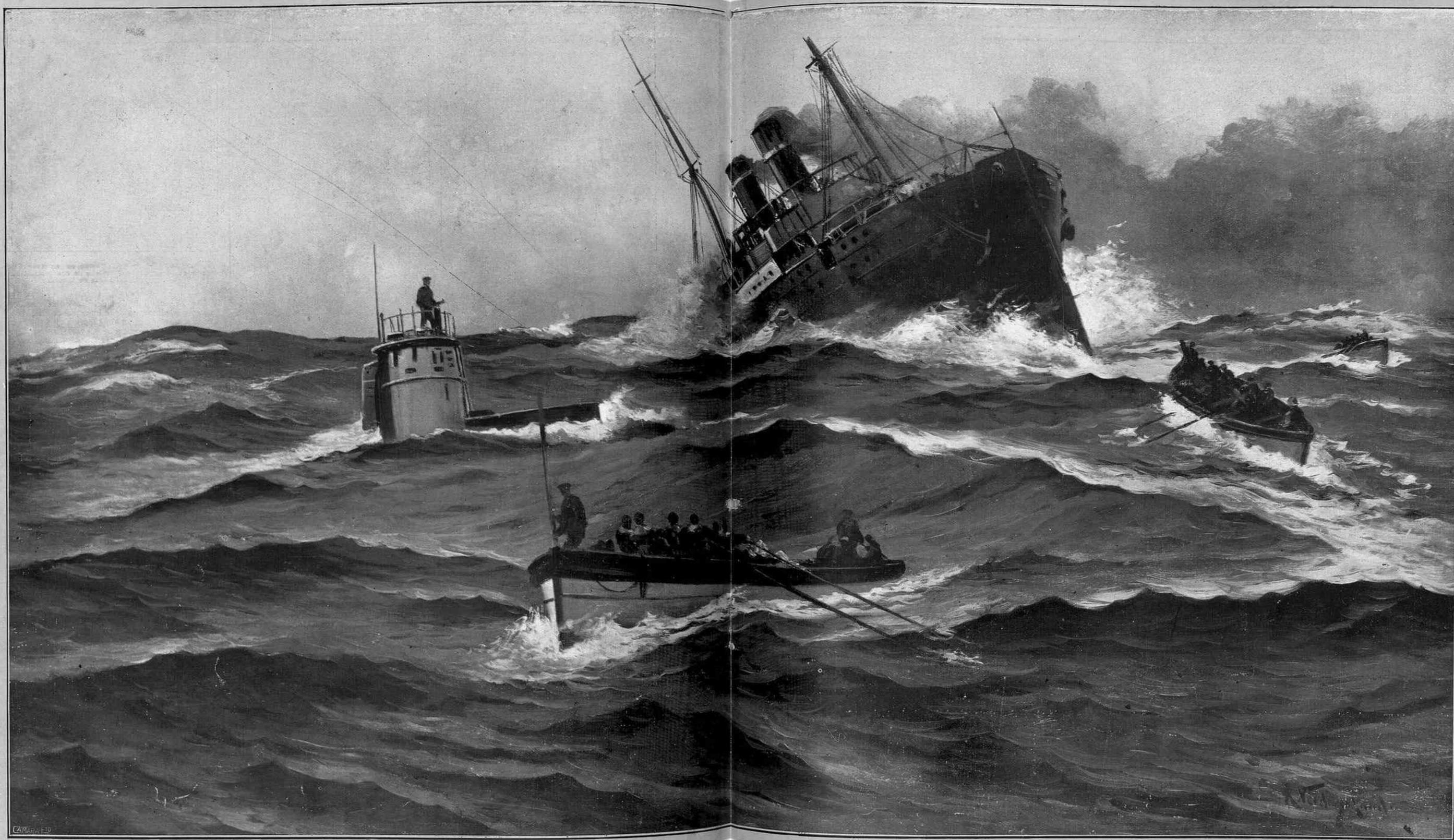
JUAN BALAGUER



La torre del palacio en que estaban instaladas las monjas Agustinas, desde una de cuyas ventanas se comunicaba doña Ana de Austria con el pastelero

FOTS. LÓPEZ BEAUBÉ

ATENEOS DE
BIBLIOTECA



El transporte inglés "Woodfield", que fué torpedeado por un submarino alemán á cuarenta millas de Gibraltar y treinta de Alhucemas, salvándose sesenta y dos hombres de los que componían la tripulación, y hundiéndose el barco á los diez minutos

Dibujo de Verdugo Landt

BIBLIOTECA

UN DESCANSO EN ECIJA



Una calle típica de Ecija

FOT. CASTELLÁ

Aquí teneis, en una sola fotografía, resumido el momento actual de Ecija, y podría decirse que de casi todas las villas y ciudades andaluzas.

Comenzaremos por el privilegio de un nombre evocador. La palabra Ecija despliega en nuestro pecho un arco iris de evocaciones doradas y bermejas y violáceas. Escala de poderosas tonalidades, magníficas y ardientes. A través de las diversas civilizaciones, la hidalga población ha sido siempre de una gran fastuosidad. Oros en la época romana, rubíes y granadas en los tiempos árabes, lirios desde el siglo de los Felipes.

Luego tiene Ecija un particularísimo abolengo literario. Cervantes hizo de alcaballero en aquel trozo de las márgenes del Genil, y de tal circunstancia logró Ecija cierta categoría de lugar sagrado. Y no olvidemos los famosos *Siete Ni-*

ños, que han inspirado tantos romances de vihuela, y coplas y más coplas, para mayor lustre de la *demopedia* ó *demosofía*, vulgo Folklore.

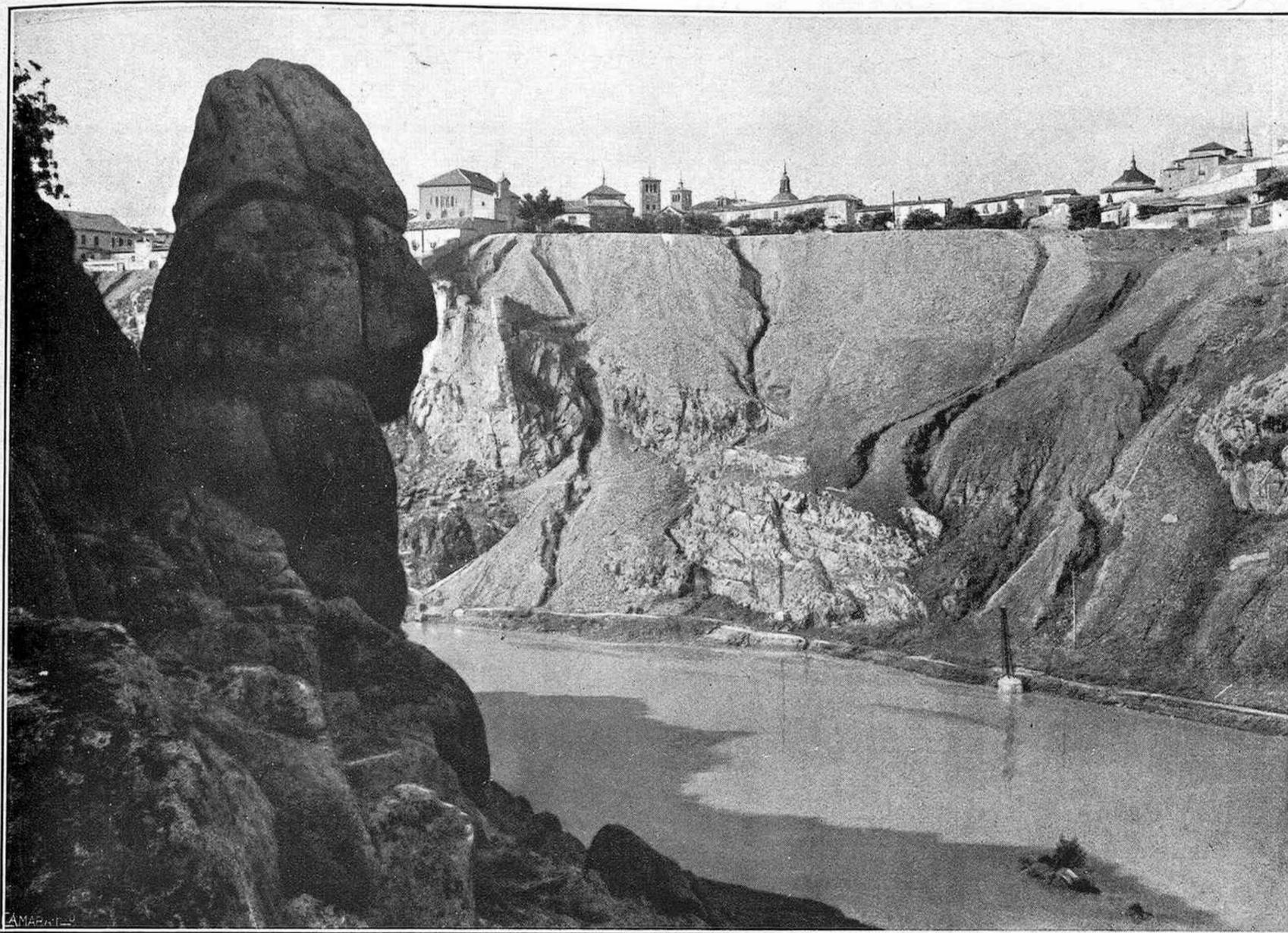
Afirmábamos al comenzar, que la foto aquí publicada reúne en breve espacio los caracteres y rasgos típicos de Ecija. Y lo primero es el solazo, que procuró á Ecija el remoquete de *sartén de la Andalucía*. En cuanto al pasado moro, bien lo pregonan esas viviendas, y en especial la galería, armoniosa, rítmica, clara y alegre, á pesar de que la despojaron de sus enredaderas de rosales. La enorme imposición cristiana está señalada por modo que la descubriría un ciego. Acaso Ecija posee más conventos que ninguna otra ciudad bética. Felipe IV concedió extraordinarios honores sacerdotales al culto ecijano. Triunfaba la Ecija de la morería y languidece la de los hidalgos. ¿Qué será que la tierra fructifica en torno á la túnica morada de Abderramán, y

se agosta alrededor de la túnica morada de Cristo? Comparable á las sensualidades de las *Mil y una noches* era la Ecija de ayer, y nada tan Kempis como la de hoy...

Revelan la decadencia, los arreos y aparejos que un honorable maestro de la albardería ha colgado bajo los arcos de las serenatas de guzla. Todavía más entristecen las acacias municipales, en donde debía acogernos un amoroso y fragante jardín de naranjos, palmeras, cipreses, rosales y jazmines, y una fontana, y las palomas y el pavo real...

Simbólicamente aparece ahí el circo improvisado con lonas. La alegría de Ecija, de España, nuestra alegría, no consiste sino en presenciar las cabriolas de unos saltimbanquis; nos regocijamos con el espectáculo de la tristeza errante.

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ



LAS PIEDRAS DE TOLEDO

UN rincón entre las peñas que dominan el Tajo para mirar las aguas hondas y las pálidas piedras de la ciudad que se despierta al amanecer, lívida, como si hubiera soñado mucho... Unos árboles cerca, para dulcificar tenuemente la emoción, demasiado ruda, del paisaje... Y el ánimo libre para entregarlo á todos los vientos, para hundirse con el espíritu en la profunda cuenca del río y hacerle escalar la inmóvil y amenazadora fortaleza. ¡Toledo! ¡Cuánta pesadumbre para quien viva dentro de él! ¡Qué aérea é ingrátida virtud de ascensión fienes en cambio para quien sepa servirse de tus piedras!

Sentados en ese mirador de peña viva, á medida que va subiendo el sol vais viendo con más relieve la huella de todos los siglos, que no han huído, que están allí presentes. Parece que el Tajo los ha enlazado y los ha hecho prisioneros. Así Toledo se convierte en otro castillo encantado que no supondréis habitable para hombres de hoy, sino para espectros y fantasmas.

Es una mañana serena, fría, de cielo limpio y viento sutil que no logran caldear los rayos solares. Si Barrés, con la capa que acertó á prestarle Zuloaga, viniera otra vez á contemplar las viejas piedras junto á nosotros tendrían que embozarse—mal, claro está—y se estremecerían, transido hasta los huesos por un hálito misterioso que no viene de los montes de Toledo, sino de las tumbas. Sin embargo, Toledo vive, y ese vienteillo frío castiga nuestros nervios y nos impulsa á la acción. Las casas apretadas, agolpadas como si hubieran sido detenidas en el pánico de una fuga; las murallas de todos los tiempos, desde Roma á Rodrigo, desde Alfonso VI hasta los Austrias; las fábricas de piedra hechas para resistir, para guarecerse, revelan el terrible secreto: el temor constante, la obsesión del ataque y la triste necesidad de ponerse á cubierto; «sal ya»—le gritaríamos, si la sombría

majestad de Toledo no nos impusiera respeto —; vive en el llano, junto á las tierras fércas que riega tu buen caballero el Tajo. Deja las peñas á las águilas. Contra las amenazas de la tierra y contra las del cielo no estás hoy más segura por alzarte unos cuantos metros...

ooo

Al caer la tarde, en lo alto del castillo de San Cervantes. Un cielo de cristal sobre nosotros, el río abajo, y enfrente, coronada por la mole del Alcázar, esta ciudad maravillosa que, á la luz del crepúsculo, arde con una tenue lumbré dorada y rosada. A esta hora las viejas piedras han perdido su rudeza y aparecen fastuosas y sensuales. Es la única hora en que las rocas toledanas no son hostiles, como si el sol hubiera dejado en ella cierto calor carnal.

Por las escarpas del castillo baja lentamente un rebaño de ovejas. Suenan las esquilas. Suenan también unas campanas broncas al otro lado del río, quizá en la Catedral. Hemos perdido la idea del tiempo y bien podríamos ser hombres del siglo XII, difundida nuestra personalidad en las peñas inmutables y en el agua corriente.

En el patio de armas de este castillo árabe—ó godo—hay una profunda abertura, un boquete por donde parecen sumirse las piedras desprendidas. A la luz del crepúsculo la sima es el cráter de un volcán apagado. Dícese que aquí está la boca de una galería abierta en roca viva para comunicar el Alcázar con la fortaleza por debajo del río. Así hay caminos subterráneos en las entrañas de la ciudad. Así hemos visto junto á la casa del Greco, en las ruinas del palacio lleno de misteriosas tradiciones del marqués de Villena, aquellos seis sótanos, casados en tierra uno debajo de otro, invención de tiempos crueles y oscuros, hechos para seguridad de los poderosos y para cárcel ó tumba de los desamparados.

Cuando la noche llega, pasado ese instante de abrumadora melancolía, van surgiendo hilceras de lucecitas al mismo tiempo que nacen las estrellas.

Era allá por el año de 1600, de 1620, cuando escribía el maestro Tirso de Molina sus *Cigarrales*. Entonces Toledo era «Roma segunda y corazón de España». Una noche como ésta «los esmaltados valles y enriscados montes que la miraban ufanos por verse vecinos suyos juzgaban sus inquietas luces por apretadores, plumas y medallas de diamantes...» Retrataba el Tajo sus luminarias como incansable rondador de su belleza. «El celestial adorno de las esferas, la deleitosa compostura de los jardines y la canora música que desde los miradores que salen á la Vega entretenían ya á las unas ya á las otras, hacían aquella noche la más alegre y festiva de cuantas sus nobles habitantes se acordaban haber tenido...»

Noche alegre y festiva... ¡Qué callada, qué silenciosa, qué muerta hoy! A través del estilo conceptuoso y de la obligada cortesanía, los cigarrales pintan un Toledo de endecha ó madrigal. Como en las simbólicas fiestas de la época, damas y caballeros eran recibidos bajo arcos floridos por un niño vestido de Placer. Se huía del rigor del sol en los jardines umbríos por donde no entraba á traspasar los corazones ningún rayo místico, sino los rayos del amor.

Hoy no son luminarias de fiesta las que reflejan en el agua del Tajo. No es más sino el modesto alumbrado municipal. Más tarde, cerrada la noche, el curso de las aguas será cada vez más sombrío. No vendrán á bañarse á las *Azudas* las damas festejadas en los cigarrales, ni tendrá á quien avisar la parlera aurora por medio de las aves cuando el sol salga presuroso para coger á las náyades de repente.

FOT. SOLLMANN

Luis BELLO

BIENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID



ELOGIO DEL TIZIANO

Para cantar la gloria del lírico tesoro
labrado por tus gemas, ¡oh, ilustre veneciano!,
quisiera en estas rimas labradas por mi mano
tener las resonancias de un crótalo de oro.

De un crótalo que hiciese sobre los aires mudos,
y dócil al influjo de las sublimes musas,
un eco de arboledas y un son de cornamusas
sopladas por un coro de Términos barbudos.

Que en tu paleta mágica, donde la luz se mira
del sol radiante y pura, supiste, enardecido,
tejer toda la gama del corazón florido,
pulsar todas las cuerdas de la amorosa lira.

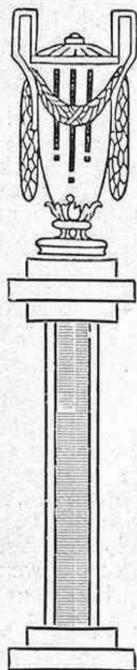
Y amando los pre'udios de la vibrante flauta
de Pán, bajo una selva poblada de laureles,
segura de su paso, la luz de tus pinceles
siguió el triunfal acorde de la sonora pauta.

Con el audaz lirismo de tu paleta viva,
que con la luz del genio fundió invencibles pactos,
nos dices claramente que todos nuestros actos
se rigen por el ciego furor de la lasciva.

Tu altiva gloria es esa; cantar las locas furias
de los viriles faunos y de las blancas ninfas,
y, al borde de las quietas y transparentes linfas
del baño de Susana, las áridas lujurias.

Los dioses del Olimpo te deben el alado
favor de ser el vate más fiel de sus proezas;
de Leda las recónditas y núbiles bellezas
pusiste ante el deseo de un cisne enamorado.

Por tí miramos cómo los gestos de Heliodemo
y de Cleocompo, graves, sus fábulas recitan,



y, en locas bacanales, los sátiros se excitan
bajo las verdes selvas que rige Polifemo.

Por tí de blanca aurora surgir vemos la tea
que rompe de la noche los fúnebres crespones,
y entre un tropel sonoro de líricos tritones
la concha perfumada de Venus Citera.

Y bajo una áurea lluvia de cristalino coro,
que ciega el receloso mirar de áspera dueña,
por tí Danae delira, y en su delirio, sueña
que siente en sus entrañas el fuego de aquel oro.

Por tí vemos el dulce perfil de Filomela,
de aquella á quien los dioses trocaron luego en ave,
y como el fuerte Ulises de su argentada nave,
y hacia remotas playas tendió la blanca vela.

Y aún en paganos signos de amor se precipita
tu mano si describe las bíblicas pasiones;
pues cuando en honda cuna la faz de unos dragones
humilla con su paso tu santa Margarita,

pensar nos hace viendo su pierna vencedora,
por el feliz milagro de una carnal puntilla
que asoma sobre el ocre marfil de la rodilla,
que vemos de Diana la pierna cazadora.

Tu altiva gracia es esa; sentir las armonías
del pífono que enciende los bosques de laureles,
y, en un rimar de soles, con luz de tus pinceles
decir, después, los ritos de aquellas pagánias.

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

DIBUJO DE ECHEA



DE PIES A CABEZA

Qué lejanos son, Dios mío, los tiempos en que, para ser elegante, bastábale á una mujer lucir un vestido cuya forma y parámetros no infringieran las leyes de la moda!

Hoy por hoy—y la guerra no ha cambiado un ápice nuestras costumbres—el vestido no es sino un detalle de la elegancia: algo así como el fondo general del cuadro, el apoyo de la escultura, ó el acompañamiento del canto... El resto, es decir, las notas de color, los rasgos característicos, los motivos de la sinfonía, la originalidad en suma, no se encuentra sino entre los elementos que antaño venían á ser complementarios y accesorios: calzado, tocado, adorno, actitud, capricho, «chic»...

Y así, para ser elegante en la hora de ahora, menester es acomodarse al gusto actual y aceptar, sin excepción, todas sus capitales minucias... *De pies á cabeza*: esta es la fórmula de nuestra elegancia, tiránica y exclusiva si jamás la hubo, pero en verdad completa... Para nuestras abuelas, la elegancia era un grato espectáculo que ellas ofrecían á la gente, en la calle, en el teatro, en los salones; la elegante de aquel entonces era á modo de actriz, y desempeñaba un papel, no pocas veces enojoso, más que por nada, por el *buen parecer*...

En cambio, para nosotras, la elegancia es un espectáculo que, ante todo, nos ofrecemos á nosotras mismas, y que sólo en segundo lugar brindamos á quienes nos rodean.

ooo

Y así volviendo al desarrollo de la fórmula antes expresada, hemos de convenir en que—por trivial que esto parezca—el «chic», en este invierno en que entramos, será como lo fué durante el verano de que salimos: mucho más *de pies* que *de cabeza*...

En efecto: nuestro tocado es sencillo y sin pretensiones—de él hablábamos en crónica anterior—, y los sombreros, al adoptar cada vez más resueltamente las formas breves y concisas de las gorras de cuartel, de las tocas rusas, de los fieltros «amazona» y de los tricornos de caza, reducen este capítulo de nuestra indumentaria á su mínima expresión, y ello es tanto más así

cuanto hemos renunciado en absoluto al empleo de los tradicionales velos.

Más ¡ay!, que no menor que esta sencillez de nuestro tocado actual es la complejidad que nuestro calzado requiere en este momento. La falda corta, y amplia de bajos, descubre no sólo el pie, sino el tobillo y buena parte de la pierna... Saberse calzar es hoy más importante que saberse vestir, y la distinción entre lo original y lo extravagante, lo que en buen sentido llame la atención y lo que justamente provoca burlas, lo admisible y lo vedado, en suma, es, dada la novedad del caso, extraordinariamente difícil: cuestión de matiz y de gusto, sin regla fija ni antecedente que haga autoridad... Aquí, pues, del buen criterio personal...

Huelga decir que la moda impone la bota alta, muy alta, y que ésta para bien ser, ha de alcanzar á rozar el borde de la falda.

Los modelos preferidos son unicolores: de cuero amarillo para acompañar los vestidos *kaki* más ó menos inspirados en el ya famoso uniforme inglés; de charol negro para los vestidos de tarde; y, en fin, de charol blanco, para los *tailleurs* claros y para completar el atavío de los *abrigos de cuero blanco*, última palabra de la *rue de la Paix*.

Quedan, pues, excluidas de la moda actual aquellas botas bicolors, combinación de piel gris ó azul con charol negro ó blanco, que de tanto favor gozaron durante el invierno pasado. En cambio, se llevan mucho, de nuevo, los modelos abiertos y abrochados de costado.

Y ahora, entremos en el dominio de la fantasía. A él pertenecen los modelos de botas policromicas, que, de lejos, parecen calzar á las mujeres con aquellas famosas medias á rayas de todos colores que tanto agradaban á las damas provincianas de antaño, y que agradan aún á ciertas aldeanas montañesas... ¡Inútil hablar más de semejante extravagancia!...

Los modelos de piel tornasolada con reflejos metálicos, aunque algo vistosos, pueden adoptarse como complemento de esos vestidos de antiguas y recias sedas: fallas, «poulis», «gros» y otras similares, que resucitan en nuestra moda actual, luego de dormir olvidadas durante años

y años, en las viejas arcas legadas por nuestras abuelas.

Aunque poco generalizada todavía, comienza á llevarse la alta bota de charol, cerrada, y adornada con vueltas claras, grises ó blancas: «amazona», la llaman unos y «postillón» la titulan otros. El mismo modelo, recto y sin vueltas, semejante á la tradicional *media-bota* de los «mujiks» rusos, se combina con la amplísima falda orlada de piel, con las breves chaquetillas de astrakán, tipo «cosaco», que algunas bellas dan en lucir, durante las frescas mañanas del *Bois* en homenaje, sin duda, á los aliados moscovitas.

De todo lo dicho es lógico deducir que esta evolución sufrida por la moda, en lo que al calzado se refiere, atañe igualmente á la media. El favor de que gozan los diversos matices del amarillo obscuro: amarillo anaranjado, verdoso, grisáceo, etc., para el cual es indispensable el calzado rubio, impone la media de igual tonalidad—reservada antes para el verano y para el campo—en pleno invierno y en plena ciudad.

Las botas de charol blanco exigen medias blancas también, y este detalle es otro de los de la indumentaria femenina arcaica resucitada por el gusto actual.

De igual ajeña procedencia son los vestidos de mangas lisas y cuerpo ajustado, abrochado sobre el delantero, desde el mentón hasta la cintura, con una serie de menudos botones redondos evocación de 1850 y capricho que da al traste con el uso de la blusa, relegada exclusivamente al vestido de casa, y proscrita en absoluto para el de calle.

Por si esto fuera poco, se anuncia que tras de los ya citados abrigos de cuero amarillo ó blanco, que acaban de aparecer, veremos reaparecer los inolvidables *chales* que hicieron las delicias de las damas en los tiempos del segundo imperio.

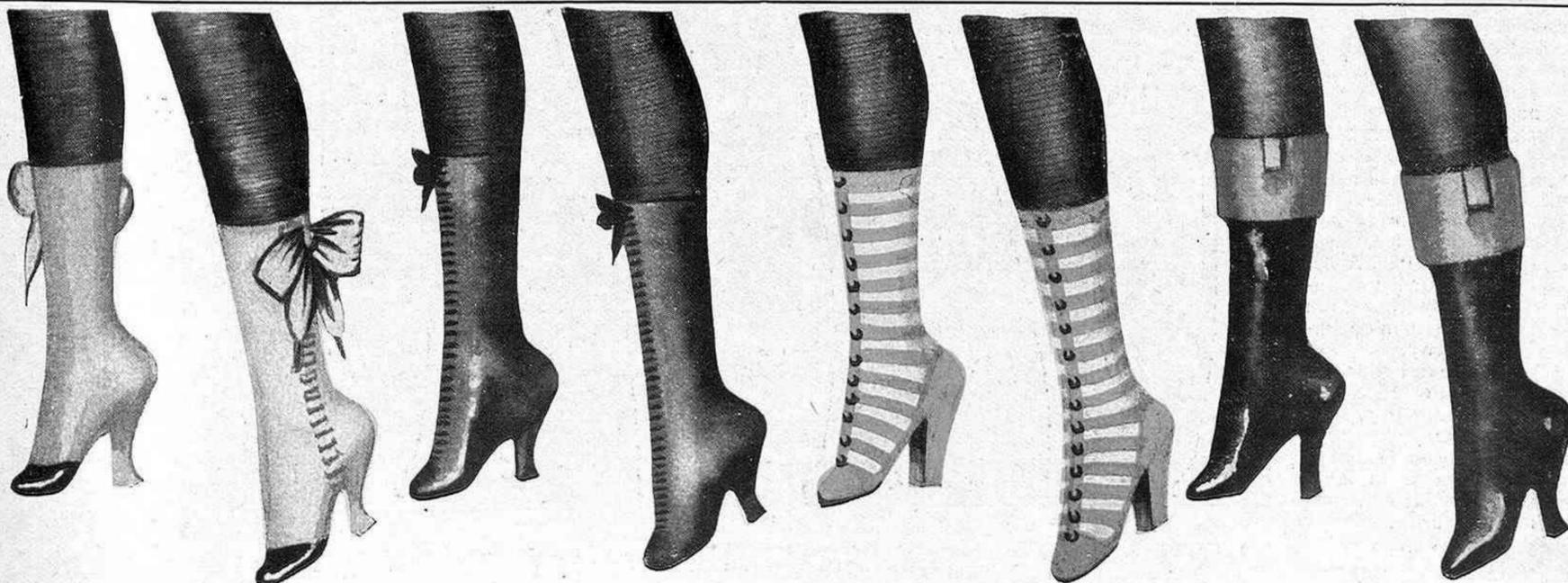
Tales son, por ahora, lectoras mías, las últimas *viejas novedades* parisienses: la moda del día: la elegancia completa, de *pies á cabeza*...

ALICE D'AUBRY

París, Octubre 1915.

BIBLIOS DE RIBAS

BIENEO DE BIBLIOTECA



LO QUE FUÉ
EN SERIO Y EN BROMA

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

HACE más de veinticinco años que estaban muy en boga el canto hondo, que bien pudiera llamarse cavernoso, y el baile de contorsiones y pataditas, dicho también flamenco. Entre las mil sátiras lanzadas contra las tradicionales *juergas*, una de las más discretas fué la que realizaron cinco hombres de talento, alegres, satisfechos de la vida, llenos de ilusiones y halagados por el aplauso popular, que aparecen retratados en dos grupos diferentes: en el uno serios, y en el otro haciendo la burla correspondiente á su intención.

De los cinco, no queda ninguno, desgraciadamente. Los arrancó la muerte al teatro nacional cuando aún podían darle brillo. El maestro Chueca, el inspiradísimo compositor que recogía los sentimientos y las alegrías de la calle para ennoblecerlos con el arte y devolverlos ennoblecidos á la muchedumbre que los sugirió, estaba entonces en el apogeo de su fama; después del estreno de *La gran vía*, éxito felicísimo tributado por todo nuestro país, y que aún dura en los más apartados rincones del mundo, tuvo la consagración definitiva en *Cádiz*, zarzuela donde campean notas regocijantes, picarescas, genuinamente españolas.

Desde aquella época fué Chueca popularísimo, y él y Valverde, que era quien con la instrumentación brillante y diestra avaloraba las composiciones firmadas por ambos, obtenían aplausos sin tasa y ganancias tan grandes como los aplausos. *La gran vía* se estrenó en «Felipe», en un amplio barracón alzado junto á los jardines del Buen Retiro, y donde Ducazcal dió á conocer algunas estrellas del género chico, famosas por su arte y por su hermosura espléndida.

Desde «Felipe» pasó *La gran vía* á Apolo, y en el mismo teatro apareció *Cádiz*, para eternizarse en los carteles por su música retozona, vibrante, llena de insinuaciones picarescas y de alegría deslumbradora. La marcha del primer acto fué de los números más aplaudidos de la zarzuela, y el celebrado número era un *refrito*, como se dice en la germanía de teatros. La marcha se compuso para el famoso melodrama *El soldado de San Marcial*, y luego, después de haber sonado ante la indiferencia del auditorio, arrancó bravos y palmadas al tocarse en *Cádiz*.

Bien que en eso de los *refritos* musicales ocurren cosas peregrinas. Se estrenó *Cuba libre*, y en ella había un dúo de guerrilleros que no resaltó grandemente. Algunos años después, el maestro Caballero usó el dúo de *Cuba libre* para llevarlo con algunas modificaciones á *El dúo de la Africana*, donde por la brillantez, por el brío, obtuvo aplausos clamorosos que se reproducen cuantas veces se representa la deliciosa zarzuela de Miguel Echegaray.

El nombre de Felipe Pérez y González se difundió por España gracias á *La gran vía*; pero á pesar de todo, no obtuvo el celebrado autor la fama correspondiente á la calidad de su mérito.

Fué Felipe Pérez y González uno de los litera-



Federico Chueca, Pedro Ruiz de Arana, Felipe Pérez, Julián Romea y Joaquín Valverde, en serio

tos de más enjundia, de más sólida erudición de su tiempo, como lo comprueban las investigaciones hechas en archivos y bibliotecas para componer libros primorosos. Era á la vez un ingenio de singular agudeza y de fecundidad pasmosa. A diario dió durante muchos años notas satíricas en *El Liberal*, realizando una tarea que no parecía de uno, sino de muchos hombres llenos de graciosa, perspicaz y transcendental inspiración.

Julianito Romea, que así se llamaba á D. Julián

Romea, sobrino del actor genial muerto antes de la revolución de 1868, era lo que suele decirse un estuche. Tenía talento tan grande como vario. Actor notable, de elegante figura, de maneras señoriles, flexible, que se adaptaba á los momentos solemnes igual que á los regocijados, poseía además dotes de músico, capaz de componer canciones tan sugestivas y pegadizas como las de *El tambor mayor* y la del *Paleot*, y de autor de sainetes tan graciosos y sentimentales como los titulados *El padrino de «El Nene»* y *El señor Joaquín*, modelos en su género por la fina observación y buen gusto que en ellos resplandecen.

Julián Romea trabajaba en Lara, como Pedro Ruiz de Arana, el más completo galán joven que hubo en el teatro de D. Cándido.

Ruiz de Arana empezó como actor dramático y decía los versos con el arte que desgraciadamente tienen ya muy pocos comediantes.

En una tragedia de Enrique Gaspar titulada *Atila*, Ruiz de Arana obtuvo un ruidoso triunfo declamando largas tiradas de versos escritos en arte mayor.

Después se adaptó á las comedias de costumbres y en Lara hizo papeles de galán hasta que las contingencias del vivir le condujeron á la zarzuela chica, y contribuyendo á su esplendor estuvo en Apolo hasta poco antes de su muerte, en verdad prematura.

Como lo fueron las de Chueca, Felipe Pérez y Romea, porque todos ellos se ausentaron de la vida cuando aún podían alegrarla con música retozona, versos ingeniosos y escenas populares.

De lo que valían ellos da cuenta el que se les recuerda todavía, aunque ya se cuenta por años el tiempo de su ausencia.

Pero ¿quién después de haberlos conocido los olvida? Los asíduos concurrentes al teatro de Variedades, que peinan canas, aún tararean

compases de las revistas en que ponían la letra Lastra, Ruesga y Prieto, cuando no el celeberrimo D. Ricardo de la Vega.

Los que asistieron á las primeras temporadas de Lara se congratulan evocando en su memoria á Julianito, que escribía versos, música, comedias, hacía juegos de prestidigitación, tocaba el piano admirablemente, parodiaba á los más famosos artistas y era cómico, autor, compositor y un poco dibujante.

Y los lectores de semanarios y periódicos políticos echan siempre de menos á Felipe Pérez, que unas veces se mostraba erudito, otras jocoso, escribía piezas teatrales y libros de intensa cultura, y no soltó nunca la pluma hasta que la muerte á viva fuerza se la arrancó de la mano con la vida del cuerpo.

Así que, ahora, al exhumar las fotografías olvidadas y en esta página reproducidas, parece que renace algo de lo que el implacable tiempo borró de la realidad.



Felipe Pérez, Julián Romea, Joaquín Valverde, Pedro Ruiz de Arana y Federico Chueca, en broma
FOTS. RODRÍGUEZ

Por la transcripción,

J. FRANCOS RODRÍGUEZ

DE NORTE A SUR



Un oficial alemán, extraviado en el territorio francés, interrogando á un pastor acerca del camino que debe seguir para no caer prisionero de los aliados

FOT. PARRONCO

Un caricaturista muerto

La lista, cada vez más enorme y más acusadora de la barbarie contemporánea, de los artistas y literatos muertos «gloriosamente» en el campo de batalla, acaba de aumentarse con un nombre más. El caricaturista Daniel de Losques ha muerto en el frente francés.

Apenas comenzó la guerra vistió el uniforme y cambió sus lápices y sus pinceles de acuarelista por las armas que los convencionalismos sociales pueden considerar homicidas ó heroicas según el momento elegido para matar al prójimo.

De Losques iba á la guerra sin rencores y sin rebeldías. Sus dibujos nunca pudieron rivalizar con los de Steinlen, Forain, Delaunoy ó Willeite. No pertenecía á la aristocracia del humorismo, donde sólo merecen estar—¡oh, contrasentido de las clasificaciones!—los dibujantes revolucionarios, agresivos, capaces de comprarse años de cárcel por atacar las infamias tradicionales y por defender los derechos de los humildes y de los miserables.

De Losques estaba ayuno de audacias y rebeldías. Jamás se preguntó si la humanidad tenía derecho á libertarse de vergonzosas y terribles opresiones. Nunca utilizó su lápiz como una piqueta, ó como una tea generosamente incendiaria, ni agitó su arte como una bandera negra de motín.

Sus aspiraciones, sus inquietudes y sus deseos eran más modestos. Se limitaba como Sem, como Barrere, como Leandre, á la caricatura personal ó á estilizar en grotescas simplificaciones, siluetas de gente conocida.

Y limitaba todavía más el ambiente en que se movía. Era el caricaturista teatral. Repasada su historia artística, sólo encontraremos caricaturas del mundo banal é insignificante de la farándula: actores, actrices, cupletistas, danzantes, cancioneros y autores más ó menos dramáticos.

Tenía en Francia la significación que en España tiene Fernando Fresno. Pero inferior en méritos á nuestro admirable caricaturista. Disfrutaba de esa popularidad que disfrutan en todas partes la gente de tablado y era popular como Polaire, ó Dranem, ó Sacha Guitry. Una popularidad un poco efímera hasta que otra figura les sombra con su luz nueva.

Técnicamente De Losques era inferior á sus rivales de tendencia y de procedimiento; pero cobraba á un precio que nunca conocerán los primeros caricaturistas españoles, sus dibujos mediocres.

Sin embargo, cuando llegó la hora de defender á su patria, De Losques, el frivolizado por la muelle y perversa banalidad de los escenarios y las vanidosas *premieres*, no vaciló en cumplir con su deber. Y de un salto se puso por encima de otros caricaturistas franceses de su mismo género que dibujarían mejor que él, pero que no

han abandonado su vida cotidiana y fácil de «emboscados».

¿Verdad, Sem? ¿Verdad, Barrere?



DANIEL DE LOSQUES
Caricaturista francés



Luciano Guitry, en "L'Emigré"

Asunto para un cuento

La fotografía ha llegado á ser una colaboradora literaria y artística, una sugeridora de emociones estéticas para los escritores y para los pintores. Algunas hay que tienen toda la plástica belleza de un cuadro y no son menos frecuentes las que ofrecen dramáticas ó simplemente sentimentales orientaciones ideológicas.

En más de una ocasión habréis visto en revistas y semanarios artículos ó poesías que parecían creados libérrimamente, sin otro acatamiento intelectual que el de la inspiración propia del escritor. A esas creaciones literarias se ponía el comentario gráfico de una prueba fotográfica adaptada á la índole del escrito.

Todo lo contrario. Fué el escritor quien comentó la fotografía, quien esclavizó su inspiración á la potencia evocadora que en ella supo fijar la lente del objetivo.

Así esta fotografía hecha en los campos, hoy tristes y desolados, de la amada Francia, pudiera ser la ilustración de un cuento patriótico.

Un oficial germánico, aprovechándose de lo que los invasores imaginan conquista definitiva, se aleja de su campamento. Suave y dulce, la mañanita invitaba á una lenta paseata á caballo... De pronto se da cuenta de que no sabe dónde está. Encaramado sobre sus estribos, interroga al horizonte y acaba por lanzar una voz que no tiene eco ni respuesta ajena. Sigue diferentes senderos y se extravía cada vez más. Incluso siente el lógico temor de caer fatalmente en las avanzadas enemigas.

Pero oye mugir unas vacas y lentamente, con el revólver amartillado, conduce su caballo hasta los mugidos. La eglógica paz de los rebaños ya no existe en Francia. Los soldados lo mismo disparan sus fusiles desde el fondo de las trincheras que pastorean ganado con el sable al cinto y el ansia vengadora en el corazón.

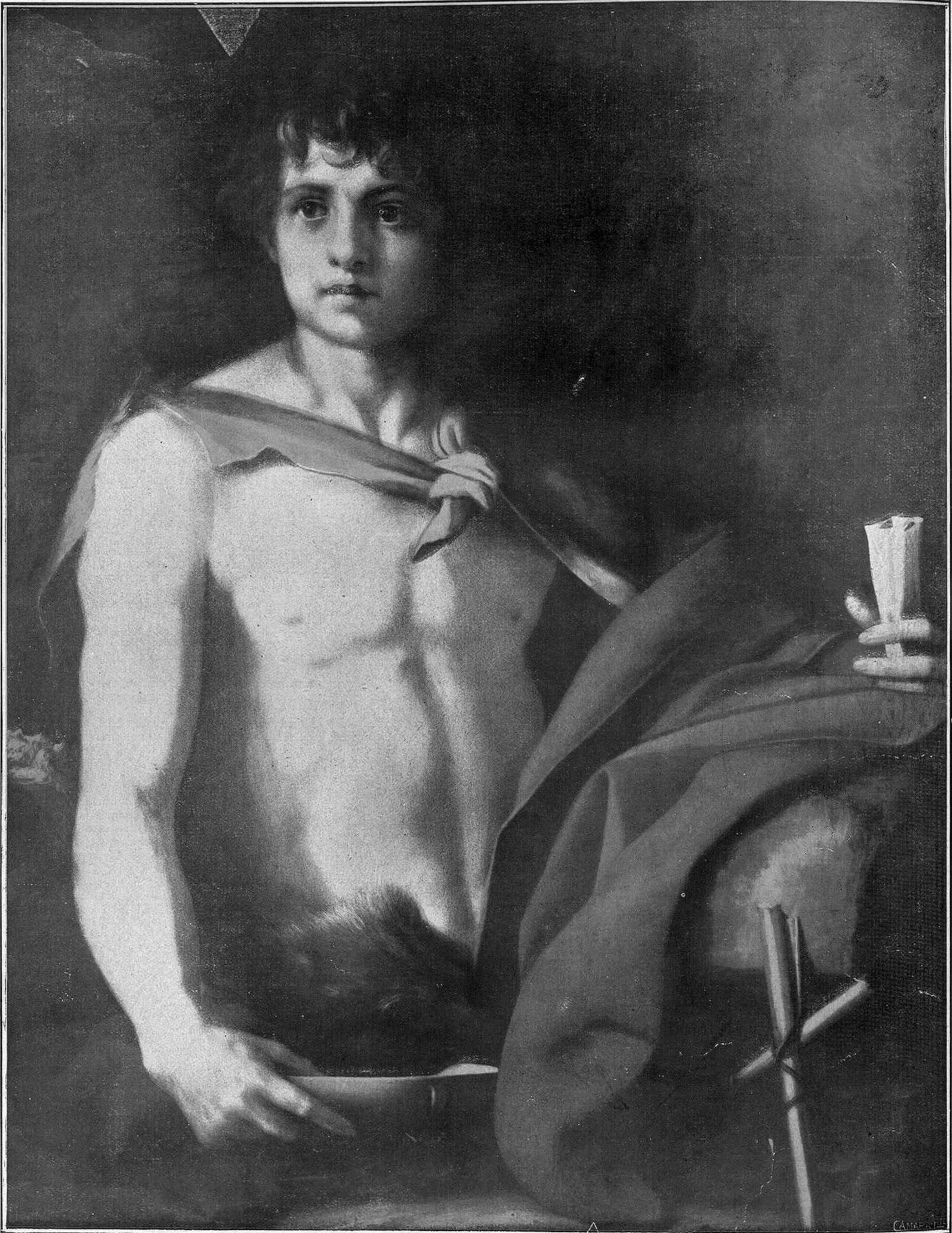
Pronto se tranquiliza el oficial. El vaquero es un muchacho á quien todavía no alcanzaron las movilizaciones.

El vaquerillo se ofrece á conducir hacia el buen camino al oficial invasor. Y aquí, como en una plazoleta de donde parten diversos senderos, podría el escritor elegir distintos finales. O el vaquerillo, contagiado de la embriaguez homicida, que suele llamarse patriotismo, lleva al oficial engañado hasta el campamento francés, pagando acaso con su vida la heroicidad de restar un enemigo más á su patria, ó noblemente, quiétescamente, va delante del caballo hasta las avanzadas germánicas donde ya en seguridad, el oficial piense que será un buen botín de guerra las dos vacas que pastoreaba el muchacho.

He aquí el asunto para el cuento que acaso no se escriba y que si se escribe, no llegaría nunca á la fuerza emotiva que tenían los de Maupassant.—José FRANCÉS



JOYAS DE LA PINTURA CLASICA



“San Juan Bautista“, cuadro de Andrea del Sarto, existente en la Galería Pitti, de Florencia

LA ESFERA

ASPECTOS DE MADRID



ATENEODE
BIBLIOTECA

EL HOSPICIO, apunte del natural por M. Pedrero

NUESTRAS VISITAS



RAMÓN PEÑA

AQUELLA lectora mía poníame en un aprieto horrible. «Si usted, además de «Audaz» es galante, me complacerá, dando en uno de los próximos números de LA ESFERA una entrevista con el actor español que, á su juicio, tenga más gracia.» Esto decíame en su carta perfumada. Y ¿cuál era el actor cómico más gracioso?... Durante varios días lo fui preguntando á todos mis amigos y amigas. Hubo una mayoría respetable y una conformidad completa con mi juicio. «Ramón Peña es el actor que más nos hace reír»—opinaron casi todos—... Y una noche, después de las doce, me presenté en el coquetón y simpático cuarto que Peña tiene en Es-lava... Además de Anita, la apacible y hermosísima esposa del notable actor, estaba allí Manolo Tovar. Hablamos de... política, de la guerra; y de pronto, Ramón, respondiendo seguramente á lo que yo estaba pensando, me dijo:

—¿Cuándo quiere usted acompañarnos á comer una paella en mi nueva casa?...

Mi contestación no se hizo esperar.
—Cuando usted quiera.
—¿Mañana?...—propuso.
—Mañana—acepté.
—Pues á la una le esperamos á usted...
—Llevaré un convidado—advertí.
—Los que usted quiera.
—¿Dónde vive usted?
—¡Ah, amigo!... En un sitio muy *chic*: Avenida del Conde de Peñalver, número 13... ¡Qué bien suena eso!...
—Suena bien; pero ¿dónde está?..
—¡ Hombre!, en la Gran Vía...
—¡Ah!, ya...

Un poco tarde. Pasaba de la una y de la una y media cuando llegué á casa de Peña. Mi entrada en el piso fué acogida con una *grita* espantosa... Eran muchos los estómagos impacientes, y todos, emplazados, estaban allí, en el recibimiento, esperando mi llegada para darme *lo mío* y lo de un amigo... Tovar, Carlitos

Allens-Perkins, Campúa, los dos hijos menores de Peña... Ramón dirigió á mi entrada una marcha real fusilera que confieso me azoró, á pesar de mi *audacia*.

Mientras que el arroz estaba en su punto, Ramón y yo nos aposentamos en su despacho... La casa de Peña está puesta con elegancia y hasta con lujo. En todos los detalles impera el orden y el buen gusto... El despacho ya lo quisieran muchos ministros.

—Se advierte que es usted un hombre ordenado—comencé diciéndole al popular actor.

—Ordenadísimo—repuso él con su voz nasal y con su habitual gesto simpático y expresivo—. Me gusta guardar todos los recuerdos de mi carrera artística... Caricaturas, retratos, recortes de periódicos... ¡Todo!

Ramón Peña, en su trato particular, jamás recuerda al actor... Tan elegante de indumentaria, tan correcto en su charla, tan saludable en su aspecto físico, más parece un *sportman* que un cómico...

—Vamos á ver, Ramón, cuénteme usted sus primeros pasos en la vida teatral.

—Dirá usted mis primeros tropiezos—corrigió él.

—¡Vamos!, que no se puede usted quejar.

—No, si no me quejo; pero que al principio *las he visto muy negras* ¡no le quepa á usted la menor duda!... Atienda usted. Yo nací en Málaga. Los negocios y la mala suerte arruinaron mi casa... Para vivir tuvo que poner mi familia una casa de huéspedes. Allí vino á parar un tal Delgado, director de una compañía teatral, el cual contrató á mis dos hermanas para una *tournee* por provincias. Yo, que era muy pequeño, me marché también con ellos. Y ahí comencé mi carrera teatral... Salía en las obras cuando había que hacer papeles de niño. ¡Malos tiempos eran aquellos!

Hizo una pausa. Yo le pregunté:

—¿Después?...

—Después, no quiera usted saber lo que he pasado. Días de considerarme feliz si podía comer un panecillo y unas patatas fritas en la calle de León.

—¿Y eso?...

—Pues nada, que venían las cosas mal. Yo, toda mi carrera se la debo á un amigo mío que se llama Alberto Miñambres, para el cual guardaré agradecimiento toda mi vida. Llegó un momento en que yo me encontraba en Barcelona sin contrata y, por consiguiente, sin tener qué comer. Entonces este amigo me llevó á su casa. El era aficionado al juego y tenía una combinación infalible para ganar siempre á la ruleta; pero en Barcelona no había ruleta. Entonces, un día, me dijo: «Te vas á ir á Madrid y allí averiguas dónde se juega á la ruleta y me lo escribes para ir yo en seguida.» Y me metió en el tren con sesenta duros en el bolsillo... Llegué á Madrid, y en vez de buscar la ruleta me entregué á la juerga... ¡Es tan bonito Madrid cuando tiene uno dieciocho años, se viene de provincias y se llevan sesenta duros en el bolsillo!... Pasó el tiempo, y, un día, mi amigo me escribió diciendo que había desistido de su viaje... ¡Aquello fué mi desastre moral y estomacal! ¿Qué hacer yo?... ¿Cómo vivir?... Una tarde, paseando mi desfallecimiento por la calle de Sevilla, me encontré con Lino Ruiloa. Le hablé y me contrató para formar parte de una compañía que había de debutar en Burgos. Allá fuimos. Hacía tanto frío que, al llegar allí, todos los actores de la compañía, menos yo, se quedaron afónicos... Parecía que viajába-

mos en secreto... Entonces, yo me ofrecí á hacer el papel de tenor cómico, y salí bien, tan bien, que Ruiloa volvió á Madrid ponderando mis facultades... Gracias á esta favorable atmósfera me ofrecieron una contrata para Valencia en una compañía de la cual formaban parte los más excelentes actores de entonces... Fué para una temporada, y tan perfectamente me acoplé al público, que allí estuve siete años, hasta que vine á Eslava. Lo demás ya lo sabe todo el mundo... Que he tenido mucha suerte..., que tengo «mi público»... y que vamos vi-

—¿Está usted contento en Eslava?...

—¡Contentísimo!... Como en mi casa.

—¿Más contento que estaba usted en Lara?— inquirí intencionadamente.

—¡Oh!, de eso hablaremos. Hay que poner las cosas en su lugar... Para que yo fuese á Lara anduvieron detrás de mí más de dos años. Al fin acepté un contrato con diez y siete duros diarios. Y me incorporé á la compañía de Lara ilusionadísimo, entre otras cosas, porque allí se venía haciendo entonces un género que era de mi cuerda y en el cual podía yo triunfar. Pues bien, voy á Lara y debuto con *Madame Pepita*. Y cuando yo esperaba las obras de los antiguos autores de la casa, me encuentro que allí no hay más comedias que las de un autor: Martínez Sierra. Un señor que tendrá todo el talento que á usted le dé la gana.

—Sólo el necesario para colocar obras—le interrumpí sinceramente.

—Bueno—prosiguió Peña—; pero que su teatro llorón y sin relieve cómico no está en armonía con mi temperamento. ¡Y vengan obras de Martínez Sierra!... Y vengan tristezas... Y créame usted, amigo «Audaz», yo, á fuerza de hacer amarguras teatrales, ya iba hasta perdiendo mi habitual buen humor..., me iba despidiendo. ¡Aquello no era para mí!... Sin embargo, el Sr. Martínez Sierra no estaba contento de mi gestión... No sé, no sé qué querría...

—En efecto, del fracaso de *Los pastores* creo que culpó á usted...

—Sí, algo hubo de eso. Supongo que ahora habrá culpado á Borrás y á otros muchos que con igual mala fortuna han hecho esta obra. Yo, la noche del estreno de *Los pastores*, que por cierto ha sido la más amarga de mi vida, llegó un momento en que dudé de mí... Luego, los acontecimientos me demostraron que no había obra... ¿Que el público se metió conmigo? ¡Pues claro!; si yo era el personaje que más tiempo lo molestaba... ¡Si desde que se levantaba el telón hasta que caía, estaba en escena vestido de negro, con mi actitud tristonía y funeraria, diciendo cursilerías! Naturalmente, los espectadores, que veían marcharse á los demás y que yo me quedaba, pensaban, con razón: «Ese tío es el más *pelmazo* de todos; duro con él, á ver si se va.» En fin, no quiero acordarme de aquella noche, ni de mi estancia en Lara; allí he pasado, gracias al Sr. Martínez Sierra, sinsabores y disgustos para toda mi vida; porque no era sólo la incompatibilidad de su teatro, era también que él me hacía un trabajo de zapa horroroso... ¿No ve us-



Una escena de familia en la casa del popular actor Ramón Peña



ted que adquirió allí una preponderancia que encontraba resistencia en mi cargo artístico?... Por consiguiente le molestaba yo; pero jamás tuvo la sinceridad de decirme-lo... Verdaderamente que, con desacreditarme como actor tenía bastante, y era más cómodo.

—¿En dónde trabaja usted con más gusto, Ramón?...

—En Madrid en Éslava, y en la opereta; es mi público, mi teatro y mi género; yo la opereta la dirijo sin pensar y sin estudiar...

—¿Cuál es el día más feliz que ha tenido usted en su carrera artística?

—El día del estreno de *Petit Café*.
—¿Cuál es el actor que más le gusta á usted?

Meditó Peña un momento; después exclamó en tono de broma:

—¡Yo!... Me hago reír mucho, no lo puedo remediar... Dirá usted que soy poco modesto; no importa; pero el actor que más me gusta es Ramoncito Peña... Si le digo á usted otro corro el riesgo de molestar á varios; así, siquiera, ya que se molesten que me quede á mí alguna ventajilla.

—¿Cuántos años tiene usted, Ramón?...

—Soy muy jovencito; treinta y dos. Al llegar á los cuarenta, si tengo cincuenta mil duritos, me retiro del teatro y me dedico á la apacible vida de tendero de ultramarinos. ¡Cómo envidio á esos hombres privilegiados!... Eso de estar en la trastienda rodeado de galletas, de judías blancas, de sacos de harina, de tarros de mermeladas, de pilones de azúcar y demás bagatelas, y poder pensar: «Todo esto es mío; es decir, que si de pronto me da hambre, me puedo comer toda la tienda...» ¡Oh, eso es delicioso!...

—¿Cuánto dinero tiene usted ya ahorrado?
—Poco...; pero ya verá usted, desde ahora en adelante...

—¿Habrá usted ganado mucho?...
—Calculo unas quinientas mil pesetas...



Ramón Peña, con su señora y sus dos hijos menores, en una de las habitaciones de su casa

Se oían gritos en el pasillo.

—¡Al arroz!... ¡Al arroz!...—clamaba Tovar.

—Esos se impacientan—me dijo Peña.

—No importa, cuénteme usted una anécdota...

—¿Fantástica?...

—Venga...

—Pues verá usted. Es muy breve, pero muy

cierta. Yo soy un ferviente adorador de los animales... Los peces me gustan con delirio. Estando en Valencia compré un pececito precioso, de colores... Lo metí en una pecerita y decidí amaestrarlo... No se ría usted... Todos los días quitaba una poquita de agua de la pecera, hasta que llegó uno en que se quedó seca...

—¿Se moriría el pez?

—Nada de eso... Vivía tan feliz y tan contento... Entonces yo lo liberé por mi habitación y por allí saltaba como un perrillo ó un pajarito... ¡Si viera usted qué mono!... Me conocía y me dedicaba sus más tiernas caricias... ¡Más rico!...

—Hombre, eso no puede ser...

—Sí puede ser; yo le cuento á usted una anécdota y usted la cree ó no la cree... Pues bien..., un día de sol—¡hermoso día, ¡ay de mí!—, se me ocurre sacar á mi pececillo de paseo... Lo cojo, le pongo un cordoncito y tras, tras, salimos á la calle... Andandó andando, llegamos hasta la playa... Allí me encuentro á un amigo, nos ponemos á hablar y el pececillo, aprovechando mi distracción, se suelta de la cuerdecita y ¡pas!, se tira al agua... ¡Horrible! Yo, ni corto ni perezoso, me quito el chaquet—entonces usaba yo á diario chaquet—y me arrojo tras él... Después de grandes esfuerzos conseguí pescarlo; pero, ¡oh, mi amigo; se había ahogado!...

Yo ref... Peña continuaba muy serio y muy triste...

—Y en su vida particular, ¿es usted feliz?...—inquirí.

—Hombre, no debiera confesarlo por dos razones: la primera, por si hay alguien que le moleste mi felicidad, y la segunda, porque temo que

mi mujer se ponga tonta al ver esta declaración; pero sí, soy un hombre dichoso.

—¡Que se pasa el arroz!...—vocifereaba Campúa...

—¡Esto es intolerable!—decía Manolo Tovar. Pasamos al comedor...

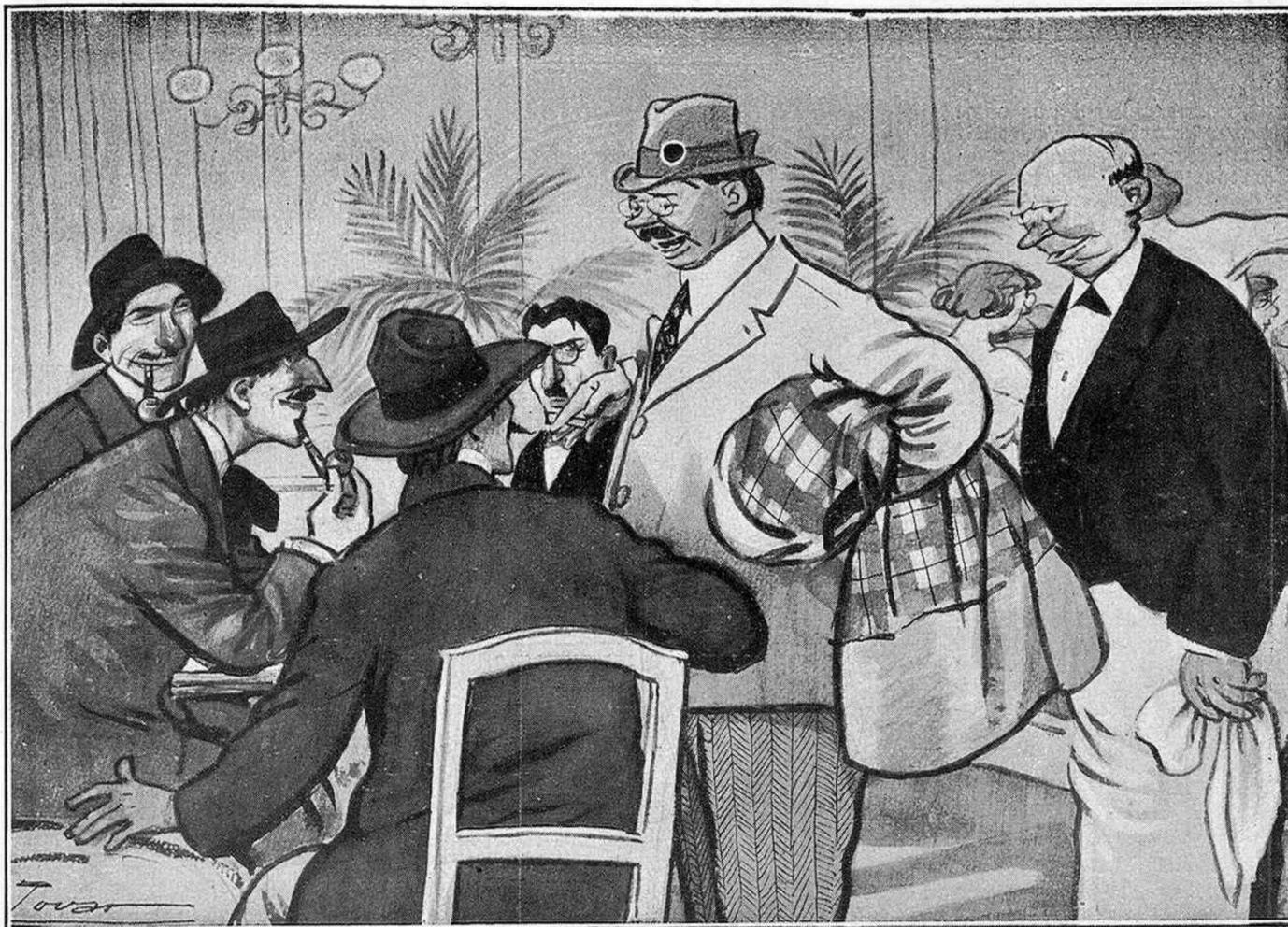
EL CABALLERO AUDAZ



Ramón Peña jugando en la terraza con el más pequeño de sus hijos

FOTS. CAMPÚA

TIPOS ESPAÑOLES



EL ILUSTRE Y EL INSIGNE

Por verdadera casualidad entró el ilustre García aquella noche en el café desde que, media docena de años antes, al casarse, dió un rumbo distinto y más concreto á su vida.

Sin explicarse por qué, le latía el corazón al empujar la encristalada puerta. Iba á sumergirse en las aguas lustrales del pasado. Allí dentro, en el fondo del café, á la izquierda, sabría hallar seguramente el tirso que se dejara sobre el diván la noche última de su celibato. ¿Por qué en el humoso ambiente del local no podría seguir resonando un eco de su bohemia de antaño?

Llegó á la tertulia, donde le acogieron con gran algazara. Y ¡oh, desilusión! ¡Oh, inefable ventura! Las mismas caras, idénticas exclamaciones, igual ambiente. Sólo la calva del camarero brillaba más rutilante; el sexteto era de señoritas con lentes y aire de discretas, y en el techo ya no había las golondrinas de antaño. Pero estas modificaciones no tenían nada de radical; lo único que llamó la atención á García fué otro contentulio, relativamente joven, á quien le presentaron en el acto.

Martínez, el insigne Martínez. García, el ilustre, sintió un escalofrío. Mordaz, talentoso, consagrado entre los maestros jóvenes, el amigo Martínez gozaba de fama de hombre altivo, insociable casi. Si asistía á aquella peña del café, era porque trataba á los contentulios como bufones, esclavos ó trompeteros de su maledicencia.

Por su parte, García era otra eminencia moza á quien casi todo el mundo elogiaba temerosamente. Nadie discutía su talento, vigoroso y original; hablábase, en cenáculos y redacciones, de su odio á la vulgaridad, de su excelsa aristocracia mental, de su prosa cincelada y de su vida, emancipada de trivialidades humildes. Era, en suma, un exquisito. Y como en la chismografía todo se debe cotizar, encarecíase, con sus novelas, sus trabajos, sus muebles, el nombre y los sombreros de su esposa y la salubridad del barrio en que vivía.

Así, pues, García y Martínez, una vez que se estrecharon la mano, guardaron un silencio casi agresivo, durante el cual miráronse de pies á cabeza, esto es, desde el precio del sombrero al

lustre de las botas. Ambos hombres de talento vestían pulcramente.

ooo

El ilustre García comprobó, dolorido, que sus compañeros de antaño eran de una consecuencia desgarradora. Todavía murmuraban de otros insignes é insignillos ausentes. Todavía los mismos adjetivos manaban de sus bocas, como salivazos, como saetas, como fuego purificador. Aquello no merecía la pena de indignarse. Y García, que era ilustre, no se indignó.

Raras veces habló. Miraba, de tarde en tarde, al insigne Martínez. Al concluir el sexteto una sonata, el ilustre García le preguntó si «preparaba algo»... Puro *compañerismo*, seco y trivial.

El insigne Martínez, poco después, cuando las señoritas terminaron una obertura, pidió al ilustre García noticias de su próximo estreno. El mismo tono sólcito habría empleado para preguntar qué hora era.

Y los demás ilustres é insignes continuaron «metiéndose» con el cronista X..., desdichado que sentía cierta predilección por las corbatas hechas y que veraneaba en Vicálvaro.

ooo

Levantáronse todos. Salieron á la calle, mascando el último adjetivo. Y, al despedirse, el insigne Martínez, enterado de la dirección que iba á seguir el ilustre García, abrió por tercera vez la boca, reputada de peligrosamente viperina.

—¿Va usted hacia la calle de Lista? Entonces iremos juntos. Yo vivo, también, en el «barrio».

Quedaron solos los dos jóvenes maestros. La Puerta del Sol, donde pensaban tomar el tranvía, estaba lejos aún. Tibia y estrellada, la noche invitaba á la charla fácil, generosa...

El diálogo comenzó frívolamente.

—¡Caramba! ¡Qué tarde es!—murmuró el ilustre García distraído.

—Me parece que no cogemos el último tranvía.

—Y el caso es que mi nene pequeño sigue delicadillo...

—¡Ah! Pero, ¿está usted casado?—preguntó el insigne Martínez.

—Hace cinco años.

—Yo también.

—Tengo dos chicos.

—¡Hombre! Yo otros dos. Nene y nena.

Detuviéronse los grandes hombres, sonriendo bajo la incierta claridad de un farol. El hielo estaba roto. El ilustre García miró, franciscanamente al insigne Martínez. Y el insigne Martínez, con santo gesto de inducto, de vulgar, de obscuro, sacó del bolsillo la cartera.

—Mírelos. Usted sabe comprenderme, amigo García. Están hechos una monada.

El ilustre García no pudo acceder enseguida al requerimiento de su colega porque andaba entretenido en rebuscar, entre un montón de cartas, una postal.

—Aquí tiene á mis dos mozos. El mayor es preciosísimo, fino, delicado, frágil... El otro es un brutote fornido, pero muy simpaticón.

—¡Qué hermosos!

—¡Qué gorda está la nena! Debe parecerse á la madre...

—Sí; es su misma cara.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuatro. El chico, dos.

—Los míos se llevan pocos meses de diferencia. De seguir así, amigo Martínez, voy á tener que estrenar más obras de las que quisiera...

—Pues mi mujer ya me ha anunciado que el tercero está en prensa...

Tornaron á detenerse y á sonreír. Gradualmente copioso, sencillo y confidencial fué el parlíque. Hablaron, inspiradamente, de la difteria y de las calenturas gástricas...

Replicábanse, animados; interrumpíanse; bajo la luz humilde de las estrellas, García dejó de ser ilustre y Martínez olvidó su marbeta de insigne.

ooo

Al llegar á la Puerta del Sol, el tranvía último de Salamanca había desaparecido ya. Y ambos amigos enfilaron á pie la calle de Alcalá, charlando con inusitado ardor. García, el ex ilustre, argumentaba que el jarabe de rábano yodado es excelente; y Martínez, el ex insigne, opinaba que el vino de quina da resultados infalibles.

DIBUJO DE T. VAR

E. RAMÍREZ ANGEL



EL CABALLERO SANTIAGUISTA

HEMOS cruzado la Puerta del Sol por entre coches, tranvías y automóviles, oyendo pregonar *El tren expreso* y ¡Quién supiera escribir!, de Campoamor, la *Desesperación* y *el arrepentimiento*, de Espronceda—¡oh, calumniado trovador de Teresa!—y los chistes, agudezas y chascarrillos de Quevedo, que dan risa, según el pregón, para todo el año. Algunas modistillas compran los versos de Campoamor; varios obreros caen en la tentación de conocer las mentidas desesperaciones del poeta de *El Diablo Mundo* y buen golpe de criadas y soldados sueltan una moneda á cambio de los chistes que viven pegados falsamente á la reputación del autor de las jácaras y las letrillas.

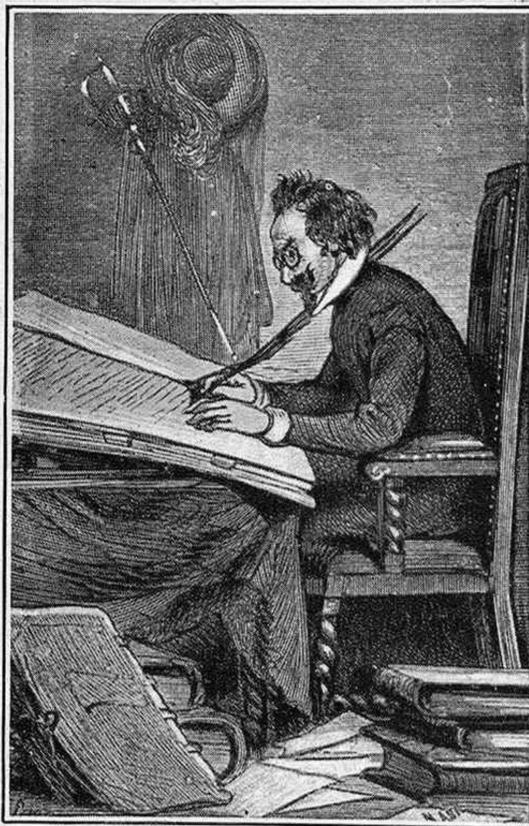
Calle de la Montera arriba y siguiendo después por la de Hortaleza, llegamos á la plaza de Santa Bárbara. En medio de un jardín se eleva la figura del alto y ponderado caballero D. Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la torre de Juan Abad, el que tuvo su casa solar en tierras de la Montaña, pisó reales palacios, jugó con meninas y bufones, se durmió en el regazo de las azafatas, probó su temple y su valor en riñas y galanteos, fué preso y perseguido y adornó su pecho con la cruz de Santiago. Ahí está, sobre el pétreo pedestal que un artista labró para su gloria, al aire la rizada melena, flotante el capotillo y bien ceñida la espada, curioseando la vida que corre ante él tumultuosa y pintoresca y mientras allá lejos suena el pregón de unos versos plebeyos que él desdeñaría con caballescico desdén.

Pese á la cultura de los tiempos, decir Quevedo es tanto como decir bellaquerías y bufonadas, en vez de ingenio y gracia, á buena cuenta españoles y castizos. Anda el poeta de las jácaras y letrillas metido en hojas que dicen cuantas chocarrerías y obscenidades le ocurrieron á una musa vulgar hecha á pisar burdeles y manebías y á descansar sus huesos sobre mugrientas mesas tabernarias. No hay círculo de beodos ni corrillo de plaza pública, ni mentidero, ni taller, donde alguna vez no se haya abierto algún libraco con frases, ocurrencias, chistes y agudezas de Quevedo, que nunca fueron suyas. De esta manera se ha condenado al hidalgo á rodar por fregaderos y fogones, por callejuelas y caminos, para ser encanto y solaz de mozas del partido, maritornés y barateros, cuando no de sujetos más avisados, que hacen pinitos en tertulias y sobremesas, con sus puntas de eruditos y sus ribetes de letrados.

No se le tiene por ingenioso, caballero y galán, sino por pedestre y bellaco, ni más ni menos



D. FRANCISCO DE QUEVEDO



Dibujo inspirado en una obra de Quevedo, por A. Pérez

que á cualquier Triquitraque de nuestro tiempo. ¡Y por Dios, que así tenía la tizona presta para arreglar cualquier desaguisado, como la pluma á punto para glosar costumbres y escribir sátiras y epigramas. Suyos son estos versos, bien sabidos:

Desde que cño la espada
las pendencias me retozan,
y antojada de mostachos
me estoy tentando la boca.
¡Oh, si yo me los torciese!
Las bigoterías me oigan:
¡Qué capitán pierde Flandes,
qué Maladros las busconas,
qué Don Lázaro las dueñas,
qué Lelio Dafí las tontas,
qué marido las doncellas
y qué paje las fregonas;
qué bribón las irlandesas,
qué licenciado las monjas,
qué atribulado las flacas,
qué glotonazo las g rdas!

Dicen que se escribieron para loa de una comedia y que los recitó ante el senado de cierta fiesta una comedianta, por nombre la Roma, vestida con hábito de hombre. Para tanto valía Quevedo, á quien andando los siglos sacó en una

comedia otro ingenio y retrató la pluma de un biógrafo, diciendo:

... de los galanes de la Corte es luz,
político, poeta y santiagués.

Mucho puede hacerse, si se quiere, arrancando al vulgo esa roña de incultura que le obliga á tan bajos juicios como los que se hacen de Quevedo. La popularidad del caballero santiaguista no es la que corresponde á los altos prestigios de su nombre como hidalgo y como poeta. El Quevedo popular es un falso Quevedo, ese que rueda por fogones, fregaderos y círculos de bajo linaje, con chocarrerías y bufonadas. No es el Quevedo letrado, galán influyente y generoso, satírico de las cuestiones de su tiempo, burlador de la corte del Buen Retiro, defensor de una Infanta, consuelo de una Reina, sombra de validos funestos y de privados ambiciosos, una vez consejero de virreyes y otra vez preso y pobre, cargado de dolores y de hierros, siempre merecedor de entusiasta loa y de justo elogio.

No es ese, no. En esto, Cervantes tuvo más suerte. El ingenioso hidalgo, según le llamó el malogrado Navarro Ledesma, tiene su popularidad en *Don Quijote*, si bien el vulgo no conoce ni por el forro las aventuras del caballero de la Mancha. Pero Cervantes es el libro inmortal ó es otro epígrafe glorioso de sus novelas, mientras Quevedo no es *Don Pablos el Buscón*, ni *El Rómulo*, ni *Los Sueños*. Ni es siquiera el de las canciones, el de las epístolas, jácaras y letrillas, sino ese otro de necias ocurrencias regalo de mozas zafias y eruditos de mentidero.

Ya el poeta lamentose con donosura de su mala estrella:

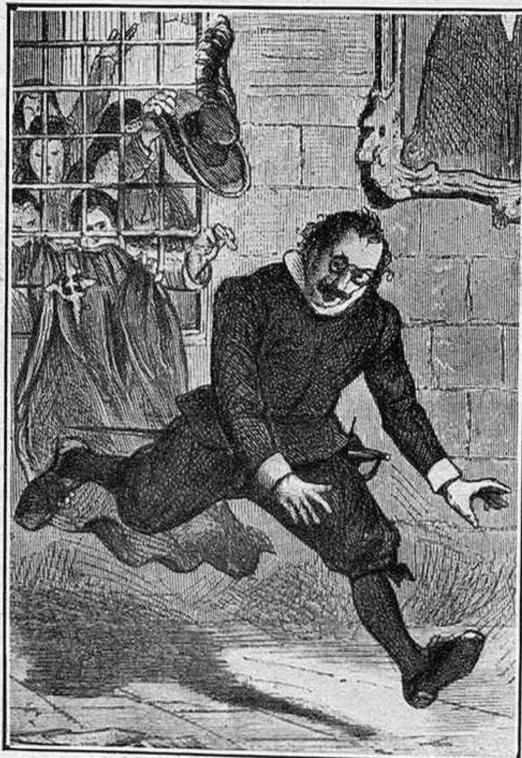
No hay camino que no yerre,
ni juego donde no pierda...

Parece que adivinaba que también había de perder, pasados los siglos, en el juego de su buen nombre de caballero y de poeta y que su fama había de errar el verdadero camino, no ¡vive Dios! por culpas de su vida, sino por yerros de las públicas entendederas.

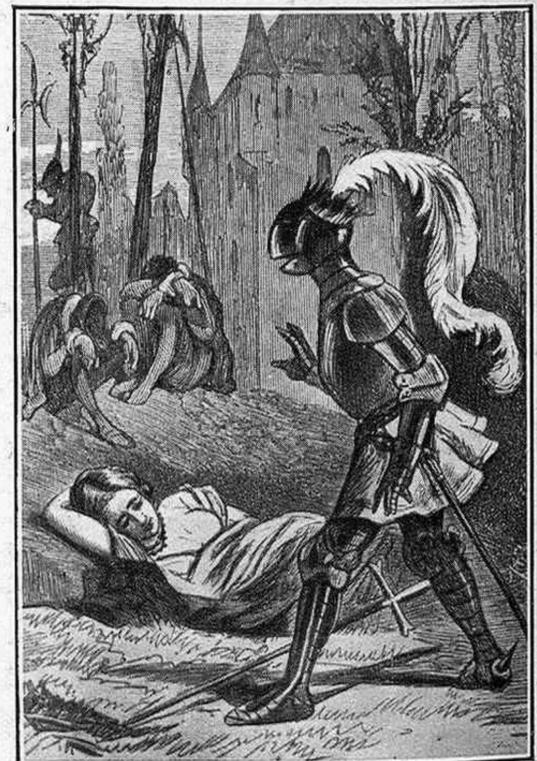
Pero, en fin, á buen tiempo se está para empezar á hacerle justicia. Lo peor será que, pese á esfuerzos nobles, hoy como ayer serán una manifiesta verdad, por cierto triste, los versos de aquel mismo romance:

No hay necio que no me hable,
ni vieja que no me quiera,
ni pobre que no me pida,
ni rico que no me ofenda.

José MONTERO



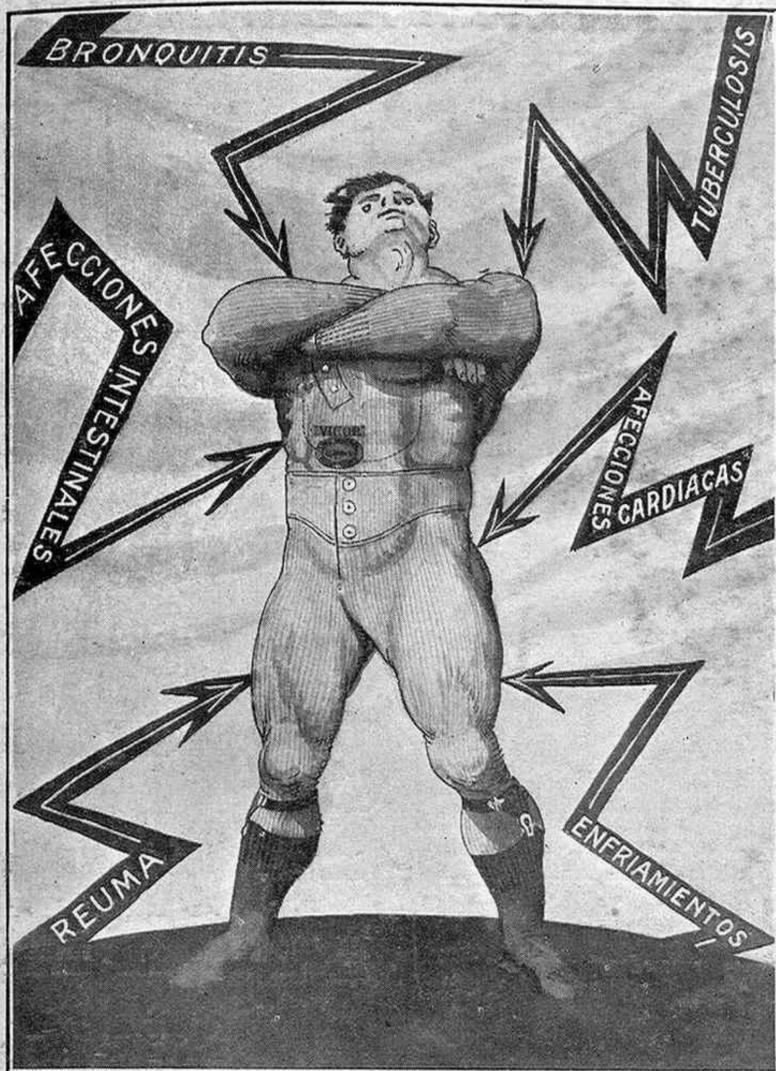
Dibujo de una edición de las obras de Quevedo



Dibujo de una edición de poesías festivas, por A. Pérez

¿QUERÉIS CONSERVAR LA SALUD?...

HIGIENICOS E INENCOGIBLES



LA CIENCIA LOS RECOMIENDA

Usad los trajes de punto, interiores, marca
“VIGOR”

Dr. ROBBER'S (Patente núm. 59.216)

VENTA EXCLUSIVA

MADRID: Sempere, Turmo, Pérez y C.^a, Almacenes de Tejidos, Sevilla, 16, y en la Sucursal, Arenal, 20, y San Martín, 2.—BARCELONA: Vda. de I. Alabert, Call, núm. 10; R. Piella Arró, Fernando, núm. 31; Sucursal de Benítez y C.^a, «Bazar Esperantista», Trafalgar, 2, y Junqueras, 18; «La Torre», Daniel Carreras, Ronda de San Antonio y Plaza de la Universidad.—BILBAO, Marcos Muñoz, Víctor, 6.—CÓRDOBA: «Casa Fabra», José Fabra Copete, Gondomar, 3.—GERONA: J. Oriol Carbó, Platería, 30.—GRANADA: Almacenes «La Paz», de Olmedo Hermanos y García, Oficios, 10.—HUESCA: Juan Antonio Palá, Coso Bajo, 9 y 11.—LA CORUÑA: Poncet y Rodríguez, Real, 65, y Marina, 36.—LÉRIDA: Camisería de José Ribé, Mayor, 34.—MÁLAGA: Camisería de Roberto Bonada, Larios, 2.—MANRESA: Mariano Gras.—OVIEDO-GIJÓN: Masaven y C.^a—PALMA DE MALLORCA: Benigno Palos, Jaime I, 86, 88 y 90, y Colón, 27, 29 y 31.—PAMPLONA: Sucesores de Aldave, Calceteros, 2.—REINOSA: Sucursal de Sinforiano Ródenas, Mayor.—SAN SEBASTIÁN: «La Verdad», de José Aristizábal, San Lorenzo, 1, y San Juan, 1.—SANTANDER: Almacenes de Sinforiano Ródenas, Colosía, 1, y Sucursal, Atarazanas, 15.—SAN FELIÚ DE GUIXOLS: Casa exclusiva en géneros de punto, José Vitaré Xarnach.—SANTIAGO DE COMPOSTELA: Pedro Santos, Preguntoiro, 14.—SANTA CRUZ DE TENERIFE: «New England», Varona y Ruiz.—TORRELAVEGA: Sucursal de Sinforiano Ródenas, Mártires, 2.—VALENCIA: Camisería y Perfumería Sanz Maset y Poyo, Mar, 4.—VALLADOLID: Julián Alonso, sucesor de Eduardo Alonso, Constitución, 1, y Santiago, 17 y 19.—VIGO: «La Villa de París».—VITORIA: Camisería Olivares, Plaza Nueva, 30.



COMPañIA COLONIAL

CHOCOLATES, CAFÉS, TÉS • MADRID



EDUARDO SCHILLING

(Sociedad en Comandita)

ARMAS, ARTÍCULOS DE VIAJE
EFECTOS PARA TODOS LOS SPORTS

Fabricantes de las renombradas ESCOPETAS, marca “JABALÍ”

MADRID Alcalá, 14 BARCELONA Fernando, 23 VALENCIA Paz, núm. 13

MÁQUINAS DE HACER HIELO

Hospitales ♦ Sanatorios ♦ Laboratorios

Gran surtido de máquinas caseras capaces de congelar dos litros de agua en tres minutos.

PRECIO: 250 PESETAS

José N. de Urgoiti, Florida, 8, Madrid

MAQUINARIA

Si necesitan buena maquinaria de construcción inglesa ó norteamericana, no dejen de pedir presupuestos á

JOSÉ N. DE URGOITI

Ingeniero Civil y Mecánico

MADRID • 8, Florida, 8 • MADRID

ORO Y PERLAS

Plata, platino, galones y piedras finas, pagamos su valor. Venta alhajas de ocasión, cubiertos, bandejas, toda clase objetos en plata ley al peso.

PÉREZ HERMANOS

Zaragoza, 9, y Fresa, 2

TELÉFONO NÚM. 2.449

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la

Librería de San Martín

PUERTA DEL SOL, 6

MADRID

Calzados LA IMPERIAL

Puerta Sol y Plaza Progreso



Como este modelo, en paño, charol y boxcalf, á pesetas 15, 17 y 20. Pedid catálogo. Apartado 559. Madrid.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. :-: Dirigirse á Hermosilla, 57 :-:

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para “LA ESFERA” por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

EL CHOPO CANADIENSE



Podéis colocar 1.600 plantas de chopo en una hectárea. Si el terreno es fresco y suelto, obtendréis, á los diez años, más de 400 toneladas de madera verde, que las fábricas de papel pagan lo menos á 25 pesetas la tonelada en sus depósitos.

Leed los números 95, 97 y 99 de LA ESFERA y pedid informes á
D. ANTONIO GANUZA, Echaide, 7, San Sebastián